

===== Índice =====

Índice	1
Introducción	2
Capítulo I	5
Capítulo II	11
Capítulo III	15
Capítulo IV	20
Capítulo V	24
Capítulo VI	31
Capítulo VII	36
Capítulo VIII	40
Capítulo IX	44
Capítulo X	49
Capítulo XI	56
Epílogo	61

~ 1 ~

Introducción

El cartel de silencio me ordena que no haga ruido mientras corro por el pasillo.

Me importa una mierda el silencio.

—¡Hamlet!

La enfermera me está mirando con gesto crítico, pero me da igual. Ella me da igual. Todo me da igual.

Solo me importa él.

Entro en la habitación sin importarme el ruido, pero no puedo evitarlo. Su visión, como siempre, me paraliza a dos pasos de él.

Aquí está, tendido en la impoluta cama de hospital. Aquí, pálido y pequeño y tan delgado, igual que ha estado desde hace un año. Las máquinas indican el latido de su corazón con el regular «bip, bip, bip».

Un año.

Los ojos se me llenan de lágrimas al verlo. Mi Hamlet.

Tengo los pies pegados al suelo, pero lucho contra esa sensación de terror, de impotencia. No pasa nada. Va a despertarse. Va a volver en sí.

Tiene que hacerlo.

—Hamlet.

Logro avanzar, y con suavidad tomo su mano. Los dedos son delgados y pequeños entre los míos, lánguidos, un poco fríos. Están dejando que se enfríe. Estúpido hospital. Estúpidas enfermeras. Está pasando frío. Me llevo su mano a mis labios y soplo mi aliento para calentársela.

—Hamlet, cariño. Por favor.

Mi voz es apenas un hilo, y lo sé. Estoy suplicando. Estoy suplicándote.

—Vuelve. Vuelve conmigo, Hamlet. Por favor.

No hay respuesta. No la ha habido en un año. No hay un sutil movimiento bajo los

párpados cerrados, y nada, nada entre los labios entreabiertos, salvo el regular aliento de alguien que duerme tan profundamente que ya no puede despertar.

Hace un año se quedó en coma. Lo hizo en mis brazos.

—Hamlet...

Me inclino y lo besó en la frente. También está fría.

Me embarga un ramalazo de rabia. Están dejando que esté tan frío, tanto como si estuviera muerto. Pero no está muerto. Está vivo, mi Hamlet, mi dulzura...

—Tienes que despertar. Por favor, Hamlet. —Lo beso en los labios, suavemente, pero no hay reacción—. Ya has dormido suficiente, ¿no te parece? Es hora de que te levantes de una vez y...

Se me rompe la voz. No puedo seguir. No puedo decirle que me quieren llevar lejos de él. Mis padres ya no soportan ver esta situación. No soportan verme venir todos los días.

Pero yo quiero hacerlo. Quiero venir, hacerle compañía, mantener sus manos calientes, leerle durante horas las lecciones que nos han dado en el instituto.

Quiero estar aquí cuando despierte, Dios.

—Por favor, mi Hamlet, no me dejes solo. Me van a llevar lejos. No voy a estar contigo. Por favor, por favor, por favor...

—¿Qué haces aquí?

La voz es exigente y húmeda, y la reconozco. Me vuelvo con brusquedad, sintiendo que me han atrapado haciendo algo que no debería hacer. ¿Pero por qué no? Es mío. Es mi Hamlet.

Su madre me mira con lágrimas en los ojos sobre las profundas ojeras. No duerme. Pero yo tampoco. Yo también le quiero.

—Tendrías que estar en el colegio. —Su tono es duro, cortante; lo ha sido desde que sucedió.

—No —niego, impertinente, ya lo sé, pero no quiero que me separen de él—. Me voy a quedar. Me quedo aquí, ¿me oyes?

Ella se acerca, y yo me aparto. Golpeo algo sin querer. Es un monitor. La mujer lanza un grito.

—¡Aléjate de ahí, mono estúpido! —me ordena.

No lo entiendo. ¿Por qué me detesta tanto? Siempre fue buena conmigo. Conmigo, con Hamlet. Siempre vio bien que fuéramos amigos. No parecía molesta cuando empezamos a ser algo más. ¿Por qué me mira con tanto odio?

—Basta —masculla—. Déjanos en paz. ¿No has hecho ya suficiente daño?

Ah, ya veo. Entonces me culpa. Me culpa de todo.

Y puede que tenga razón.

==== Capítulo I ====

El corazón me late desbocado mientras me paro frente a su puerta, mientras toco el timbre y entonces espero, cogiendo con fuerza la gorra que he traído para proteger su cabecita del sol. Hace bastante sol.

Es nuestra primera cita oficial como... bueno, como novios. Dios, todavía no me lo creo. Mi Hamlet y yo. Estoy pletórico de alegría, y sé que tengo los labios curvados en una gran, gran sonrisa, pero no quiero ni puedo acallarla.

Le quiero. Le he querido siempre. Y ahora lo tengo conmigo.

Es él quien abre la puerta: suave pelo color rubio platino, ojos azules, tan claros que parecen translúcidos.

Me dedica una media sonrisa, pero crece y crece cuando se lleva la mano a la nuca. Parece tan avergonzado. Yo también tengo un poco de vergüenza, pero... Pero nos conocemos de toda la vida. No tendríamos que estar avergonzados.

—Me alegra verte tan pronto —me dice, y alza una mano para tocarme la mejilla.

Noto que tiembla un poco. Tal vez esté emocionado. Eso sí me hace sonreír.

—Hola —saludo alegremente, y me siento muy tonto cuando me inclino para darle un beso... aunque le acabo dando en el mofletito.

El pequeño me parpadea y alza las cejas. Se toca el sitio donde lo he besado, y me siento muy, muy idiota. Creo que me arden las orejas.

—¿Ahí? —pregunta—. Llevo todo este rato esperando un beso en los labios y me lo das en la mejilla, Worren.

Él se ríe, y... y... Y yo también, qué demonios.

—¡Esto es una burrada! —exclamo—. ¿Por qué me siento tan nervioso? ¡Pero si te he querido toda la vida y ahora por fin te tengo!

A la porra los nervios. ¿Por qué tengo que estarlo, eh? Es mi Hamlet. Mi pequeño y precioso Hamlet. Sonrío, y en lugar de besarlo lo envuelvo en mis brazos y lo levanto

sin ningún esfuerzo. Tan bajito, tan ligero...

—Hola —saludo otra vez, y alzándolo sin dificultades pongo su carita a mi alcance para dejar que mi boca se deposite sobre la suya, suavemente.

Hamlet tiembla. Tiembla mucho.

Mmm... Me corresponde. Sus labios se mueven contra los míos, buscando más. Más de lo que le estoy dando. Qué tonto soy, ¿eh? Porque mi pequeño Hamlet no acepta chiquilladas. Muy bien. Sonríe cuando me rodea con sus brazos, lo estrecho contra mí y me arqueo sobre él.

El beso se vuelve más ardiente, más fuerte, más pasional. Esta es la pasión que siento por ti, mi chiquitín. A todas horas. En todo momento.

Necesito aire. Eso es lo único que hace que alce la cabeza, pero no lo suelto ni aunque me pagaran.

—¿Mejor? —pregunto con una sonrisa.

Me mira, risueño. Siempre se le levanta más una comisura que la otra.

—Mejor, pero nunca suficiente —responde—. No sé cómo no pudimos darnos cuenta antes cuando era de lo más obvio.

—¡Disculpa! —digo con mucha dignidad—. Yo sí me había dado cuenta. —Más o menos—. Eras tú el que vivía en la inopia. —Bueno, en realidad es que ninguno de los dos dijimos nada antes porque somos idiotas, pero no importa.

Lo beso en esa comisura que se le alza más cuando sonrío y lo bajo al suelo.

—¿Listo para nuestra primera gran cita? —pregunto con una sonrisa.

Soy feliz. Nunca podría serlo más. ¡Cuánto lo quiero! Cuánto lo he querido siempre, desde que nos conocimos aquí, siendo vecinos cuando éramos niños.

—Claro, pero cuando admitas que eres igual de torpe que yo —se burla, el muy malo—. ¡Ni siquiera sabías que era homosexual! Aunque yo tampoco sabía que tu... Sí, igual de torpes, es definitivo.

—¡Ahá! —Río y lo vuelvo a besar, incapaz de mantener la boca lejos de él—. Mejor que nos vayamos o al final nos enrollaremos aquí, en el recibidor de tu casa, y me da un poco de mal rollo eso de que el servicio nos mire mientras nos besuqueamos.

—Pues ahora que lo dices... Sí, es incómodo. —Mi Hamlet alza una ceja de esa

manera tan adorable, tan... señoritinga—. Al menos ya no me llevas como una princesa. No soy tan débil, ni tan niña, todo sea dicho.

—Oh, no sé... Puede que después vuelva a cogerte —bromeo... aunque tal vez no sea una broma; me gusta coger su peso pluma como si fuera una nena—. Anda, vamos. ¿Lo llevas todo?

Lo cojo de la mano. Ni siquiera lo he pensado, solo lo he hecho. Antes no hacíamos esas cosas, no con tanta facilidad. No es muy masculino ir cogiditos de la mano y todo eso, ¿no? Pero claro, ahora somos novios. Ahora tengo todo el derecho a hacerlo si quiero.

Me encanta que seamos novios. Me encanta quererlo y que me quiera.

Su manita estrecha la mía mientras sonrío.

—Yo siempre lo llevo todo —anuncia con esa actitud de niño rico que me arranca la risa—. Aunque esta vez lo justo, sé que querías llevar tú la cita, no yo, lo dejaste bien claro ayer.

Le enseño los dientes en una gran, gran sonrisa.

—Ahá —asiento, y tiro de él para llevármelo, bajar las diez escaleras que van hasta la calle y de allí al parque que tenemos justo delante de casa.

Va a ser perfecto. Tomaremos un helado y pasearemos de la mano y lo llevaré a comer. No será un restaurante de etiqueta, eso lo tiene todos los días. Será algo especial para nosotros, algo que nos traiga recuerdos, y donde podamos crear unos cuantos más.

Y es solo el principio.

Entonces Hamlet se detiene.

Me giro y veo que se lleva la mano a la frente. Está sudando. Suspira de un modo... particular, como si estuviera muy cansado. ¿Cansado? Frunzo el ceño.

—¿Estás bien? —pregunto, tomándolo del hombro—. Podemos dejarlo si te encuentras mal. Ya tendremos nuestra cita otro día.

—No, estoy bien, es solo... —Me mira con una leve sonrisa—. Sabes que siempre me pasan estas cosas, y no quiero anular nuestra cita, eso me pondría peor. Bésame y se me pasara.

Muy dulce. Siempre es tan dulce... Pero yo no puedo dejar de preocuparme.

Bueno, puedo darle una oportunidad a esto. No es nada del otro mundo si lo dejamos estar, pero supongo... quizá... que Hamlet quiere hacerlo.

Muy bien.

Me inclino y lo beso en esa comisura que se levanta más que la otra.

—Vale —susurro—. Vamos. Te llevo al banco y esperas en la sombra a que te traiga un helado, ¿vale?

Me sopla con una risita nasal y me mira.

—Está bien, me portaré y te haré caso —acepta.

—Buen chico.

Vuelvo a tomarle de la mano, ahora más fuerte. No parece estar bien.

No. Tomaremos un helado y lo llevaré a casa otra vez. Lo demás puede esperar.

Tiro de él y cruzo la calle hacia el parque, buscando un banco a la sombra para que se quede descansando. Tomaremos ese helado y nos volveremos a la sombra, el frescor y la seguridad de casa.

Ah, ahí está.

Aprieto un poco el paso para que ningún transeunte nos robe el sitio y por fin nos sentamos. Mejor aquí, ¿no? Miro a mi Hamlet, que se toca la nuca otra vez, como si estuviera tenso o... mareado.

Veo el modo en que se relame los labios, y entonces me toca el brazo.

—Eh, Worren —me llama.

—Aquí estoy —asiento, acariciándole el hombro—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien, solo insisto en que quiero que me beses, como antes, a ver si se me pasa, ya sabes, como en los cuentos.

Vale, eso me hace sonreír. Un poquito. No debería estar sonriendo cuando él parece estar tan débil.

—¿Seguro?

Oh, mierda, no debería reírme, pero es que es tan dulce... y lo quiero tanto... y se está esforzando por parecer normal.

El bendito cierra los ojos. Ah, muy bien, ya lo pillo: estás desesperado. Río por lo

bajo, pero accedo. Vale, un beso, un buen beso. Y después a casa.

Le acaricio la mejilla y me inclino hacia él.

Se coge a mi ropa, con toda la fuerza de sus manos. Sonrío.

Mis labios alcanzan los suyos y lo beso, lento, suavemente. Lo disfruto. Lo saboreo. Y él me besa a mí, con fuerza, con vehemencia. No quiere suavidad. Quiere ardor. Quiere ir deprisa.

Y entonces se para.

Con un jadeo de sorpresa alzo la cabeza. Hamlet está inmóvil en mis brazos, con los ojos cerrados, la boca entreabierta y los labios húmedos.

—¿Hamlet?

No hay respuesta. Frunzo el ceño.

—Hamlet, joder, no creo que sea un momento para hacer broma.

Nada.

—¿Hamlet?

Lo cojo del hombro y sacudo. Su cabeza se mueve adelante y atrás, inerte.

Totalmente inerte.

Noto un escalofrío, el corazón se me para. Se para.

—Hamlet. ¡Hamlet, hostia! ¡Hamlet! ¡HAMLET!

—¿Worren?

¿Qué? Doy un respingo. Ah, estoy en el maldito coche. Joder. Vuelvo la cabeza con desgana y veo a mis padres, mis traicioneros padres. Sé que mamá me mira con compasión y con ganas de hacer las paces, pero yo no quiero paz ni con ella ni tampoco con él.

Me han apartado de Hamlet. Me han obligado a dejarlo en esa cama de hospital. Podría despertar y yo no estaría con él.

Los odio. Los odio a los dos por no ser capaces de apoyarme, de respaldarme en esto. Necesito a Hamlet. ¿Por qué no lo entienden? ¿Creen que somos críos, que lo olvidaré? Que se vayan a la mierda. Nunca olvidaré a Hamlet, ni lo que pasó ese día. Nunca.

—Ya hemos llegado —indica mi madre con tacto—. Mira qué fachada tan bonita.

No me importa la estúpida fachada. Aun así me vuelvo y la miro por la ventana. Es un bloque de pisos, y nada más. Ni siquiera tienen balcones. Las ventanas son amplias y la fachada de piedra tiene un algo clásico, supongo, pero es que me da igual.

Quieren que este sitio sea mi casa, pero no lo es. No lo va a ser.

—Venga —dice mi padre con voz falsamente animada—. Bajemos nuestras maletas y empecemos. En seguida llegará el camión, ¡tenemos mucho que hacer!

Bastardo hipócrita. Baja del coche, y mi madre me mira un momento pero también lo hace. Yo no. Yo me quedo dentro, cruzado de brazos, y noto cómo abren el maletero.

No quiero subir. No quiero llevar mis cosas a un estúpido apartamento de ciudad. Quiero volver a casa, a mi casa. Quiero volver al hogar que teníamos allí, justo delante de Hamlet. Quiero volver a mi vida.

Joder, le quiero a él. ¿Por qué no se ha despertado ya? ¿Por qué coño...?

—Worren, cielo.

—¡Ya voy, hostia!

Abro la puerta de un empujón y noto la resistencia. Le he dado a mi madre. Joder. No quiero mirar. No quiero ver. Nadie me dice nada mientras agarro la primera maleta que encuentro y voy hacia el portal. Está abierto. Por supuesto que lo está; quieren que entre, que suba yo mismo, que vea mi nueva cárcel.

De eso se trata. Este bonito piso vacío no es más que una puta celda.

==== Capítulo II ====

—Cariño, ¿todavía no has comenzado a deshacer la maleta?

Mi madre está en el quicio de la puerta, mirándome con compasión. Con estúpida compasión. Oh, pero ella me ha hecho esto. Ella me está matando.

Nos está matando.

No la miro. No quiero. No la quiero a ella, joder. No quiero esto. No quiero esta casa, esta habitación. Quiero volver. Quiero mi vida.

Quiero a Hamlet.

Aprieto los labios para no llorar, no delante de mi madre. No otra vez. Sé que verme llorar por él es lo que ha empujado a mis padres a hacer esto. Como si al velarlo estuviera echando mi vida por la borda.

Pero es mi vida. ¡Es mi maldita vida! ¿Por qué no me dejan en paz? ¿Por qué me arrancan lo único que tengo?

Dios, no puedo entenderlo. Han pasado dos días. Dos días sin ir a verle, sin hablarle, sin cogerle de la mano.

¿Y si despierta y no estoy allí?

Lo hará. Despertará y no me verá. Ni siquiera estaré en el mismo pueblo que él. Estaré lejos. Estoy lejos.

—Worren...

—¡Déjame en paz!

Su mano alcanza mi hombro, y yo me zafo. No quiero que me toque. No quiero que me diga que no pasa nada.

Oigo su suspiro. Le duele. Sé que le duele. Sé que es mi madre, y me quiere, y quiere lo mejor para mí. Pero no lo entiende. No puede arrancarme a Hamlet.

—Cariño, esto es lo mejor para ti —asegura con esa voz paciente, amable.

—No sabes lo que es mejor para mí —le espeto yo, mirando obstinadamente a

otro lado, a cualquier parte menos a su carita menuda—. Tú no sabes nada. Crees que lo sabes, pero te estás equivocando. No voy a deshacer la maleta. No voy a quedarme aquí encerrado.

—Worren, no quiero que estés encerrado. Papá y yo...

—Papá y tú solo sabéis huir. Yo no huiré.

—Eso no es justo. Velamos por ti.

—¡Dejad de hacerlo!

Me vuelvo. La miro. Estoy tan desesperado... Solo quiero que lo entienda. Por favor, mamá. Por favor.

—¡Dejadme volver a casa! —exclamo—. ¡Dejad que vuelva a mi cuarto!

—Este es tu cuarto.

—¿Este!?

Miro alrededor. Miro el espacio reducido, apenas suficiente para la cama y el armario. Miro la pequeña ventana, las paredes color hueso.

—Este no es mi cuarto —espeto, lanzándole una mirada furibunda a esa cara que conozco tan bien, que quiero... que antes quería; ya no puedo quererla—. Es lo que vosotros queréis. Esto no es lo que quiero yo.

—No sabes lo que quieres, Worren.

—Oh, sí lo sé. Pero tú no escuchas. Tú *nunca* escuchas.

—Esta es una buena decisión. Papá ha obtenido un buen trabajo, y yo...

—¡No me importa!

Le doy la espalda y voy hacia la ventana. Una pequeña ventana. Da a la calle. Una calle desconocida. Al otro lado solo hay edificios. No hay un bonito parque, como lo había en casa.

Nuestro parque.

Hace un calor infernal. Miro a Hamlet, que camina a mi lado mientras volvemos del colegio. Me preocupa. Siempre se me ha dicho que lo cuide mucho, porque tiene una salud débil y es muy frágil. Ahora, con este calor asfixiante y después de todas las clases, me parece más frágil que nunca.

—¿Te llevo la mochila? —le digo, y mientras hablo estiro la mano para coger el asa y retirársela del hombro.

Hamlet se sacude la camisa del uniforme de verano, que sigue siendo demasiada ropa para esta temperatura, y consigo cogerle la mochila sin que oponga resistencia. ¡Bien!

—No sé por qué me preguntas si siempre haces lo que quieres —ríe.

—Por educación —respondo con una sonrisa—. ¿Estás bien?

Me cuelgo su cartera al hombro. Choca con la mía, pero no me preocupa mucho. Yo soy plenamente capaz de aguantar el calor y el peso doble, pero me preocupa Hamlet. Es muy pequeñito.

—Sí, solo hace un calor inaguantable, cosa que también te afecta a ti. —Alza las cejas mientras me mira—. O tienes algún poder misterioso que te hace inmune a este sol abrasador. Tal vez eres brujo y tienes hechizos que te permiten estar fresco. Si es así, quiero un conjuro para mí también.

—¡Me has descubierto! —Río—. Tengo un truco mágico infalible, pero... No sé si debería compartirlo contigo. ¿Puedo fiarme de ti? —Le echo una mirada que pretende ser seria, esa clase de mirada de circunstancias que a mí no me sale porque se me va la risilla.

El muy teatrero se lleva la mano al corazón como si lo acabara de apuñalar. Mi risilla se convierte en una carcajada.

—Me ofendéis, precioso brujo —dice con voz digna—. ¿O bruja? Tal vez ocultáis pechos bajo esa ropa.

Y la risilla se me estrangula. ¡Será capullo!

—¡Pero qué cabrón eres! —exclamo, y levanto la mano para darle un buen mandado en la espalda.

Pero es que... es tan pequeñito...

Bueno, vale, nada de empujones ni topetazos.

Pero sí le suelto un sopapo en la cabeza, y luego, por si las dudas, me desabrocho la camisa para demostrar que tengo el pecho de un tío, hombre.

Claro que a los diez años las niñas también lo tienen. Da igual, nimiedades.

Además, así está más fresquito.

—Ya no te cuento mi secreto ultra efectivo contra el calor —digo con más dignidad que él.

Hamlet se echó a reír y se revolvió el pelito rubio platino, como de muñeca. Sonríe; si le dijera que pienso en su pelo como el de una muñequita de porcelana, me mataría.

—Ahora tengo que soportar este calor como cualquier ser humano —dice—. Bueno, me doy por agradecido, no he recibido una maldición, aunque sí un golpetazo. No sabía que los brujos fueran tan violentos.

—Solo cuando se lo merecen —replico con el mentón bien alto—. Y puesto que no pides disculpas por tu osadía, no me pienso pensar lo que confiarte mi secreto.

—Entonces dame un remedio para combatir este infernal calor como el resto de los mortales, oh, dios Worren.

Su tono afectado y teatrero... ay, es único. Contengo la risa como buenamente puedo. Carraspeo, inflo las mejillas, lo que sea.

—Ya que insistes... —digo en tono de perdonavidas—. Espera aquí.

Giro bruscamente y echo a correr... hacia el puesto de helados del parque, obviamente. Uno de leche para mi Hamlet, que tiene que crecer, y para mí de lima. Pago y vuelvo con él, entregándole el secreto contra el calor.

—No se lo digas a nadie, ¿eh?

Él ríe y hace ver que se cose la boca.

Oigo la puerta al cerrarse. Mamá se ha ido. Me ha dejado solo otra vez. No me importa. Prefiero estar solo.

No quiero llorar, pero se me escapan las lágrimas. Mi Hamlet. Te echo de menos. Dios, cómo te echo de menos.

==== Capítulo III ====

Es una mierda de instituto.

¿Cómo, por Dios, un sitio tan ruinoso y patético puede seguir abierto? Hay grafitis en las paredes. ¡Grafitis! ¿Pero qué clase de sitio de mierda es este?

En mi instituto nunca habrían tolerado algo así. Allí llevábamos uniforme; aquí, las chicas usan ajustadas minifaldas y maquillaje, y los chicos llevan *piercings* y el pelo lleno de gomina.

Se reúnen en grupos antes de entrar. Hablan.

¡Dios! ¿Están fumando? ¡Están fumando! ¡Ese mierdecilla de metro y medio está fumando igual que un camionero! ¿Cuántos años tiene, diez? Y no es tabaco. Oh, Dios. Es marihuana. ¿Estás de coña?

Miro a mi madre. Ella también lo ha oído. Está nerviosa, pero sonrío. ¿Me quieres hacer creer que este es un buen sitio, un buen instituto? Tiene que ser una broma. Una de muy mal gusto.

Quiero volver a mi colegio. No siempre me gustó, pero, oh, por favor, es mucho mejor que este estercolero. ¡Si hasta huele a alcantarilla!

No me hace falta entrar para entender cómo va a ser. Será como en las películas de adolescentes barriobajeros, con taquillas rotas, matones de tres al cuarto y profesores ojerosos y agotados que nunca plantan cara, sino que se doblan ante sus alumnos más liantes.

Aquí es donde los padres ocupados abandonan a sus hijos de ocho a cinco con la esperanza de que otros les enseñen a ser alguien en la vida, y de paso consiguen que no estorben.

Esto no es una escuela: es una guardería para mayores. Todos los chavales de aquí lo saben. No vienen a estudiar: vienen porque alguien les darla una tunda si no lo hacen.

—Ya verás qué bien vas a estar aquí —asegura mi madre con voz espantosamente

animada, y varias doceavas más aguda de lo que ya la tiene—. ¡Harás nuevos amigos muy pronto!

—Seguro —gruño en respuesta.

Si esto es lo que hay, no quiero hacer amigos en esta mierda de sitio.

—Ay, llego tarde al trabajo —dice de pronto—. Nos vemos esta tarde, ¿vale, tesoro? Llevas la comida en la mochila y te he puesto algo de dinero en el bolsillo interior por si quieres comprarte alguna cosa de vuelta a casa, ¿vale?

La miro. Me sonrío. Esa sonrisa que dice «todo va a salir bien».

Nada va a salir bien. Este sitio es un infierno en el que no quiero poner un solo pie.

Pero se coge a mi cuello, se pone de puntillas y me besa en la mejilla como despedida. Es tan pequeña. Tan poquita cosa.

Como Hamlet.

Oh, mi Hamlet... Te morirías aquí. Este sitio no es para ti.

Primer día del curso.

Sé que otros chicos piensan en esto como el principio del infierno, pero yo no. A mí me gusta.

He estado en el mismo colegio desde... bueno, desde siempre. También la misma clase, mismos compañeros. Ahora el ciclo cambia, y ya no hago los cursos de primaria: voy a primero de secundaria.

Sigue siendo el mismo edificio, porque este es un colegio de los buenos. ¿Por qué ir a otra institución? Mejor quedarnos aquí, donde conocemos a todos los profesores, estamos habituados a las normas y ya sabemos dónde está nuestro rinconcito favorito del patio de recreo.

Es un buen lugar, y me gusta.

Sonrío. Me gusta el uniforme y que haya música en los pasillos, y que los profesores sean abnegados y estén dispuestos a todo por sus alumnos.

Luego leo cosas sobre otros colegios, o lo veo en televisión, y no entiendo cómo lo hacen los chavales para sobrevivir a ellos. Es nefasto.

Esto no. Este lugar es limpio y elegante, y anima a los chicos y las chicas a ser igual de limpios y elegantes.

Miro a mi lado, a Hamlet. Siempre vamos juntos y volvemos juntos, y eso no va a cambiar.

—¿Vamos? —indico, haciendo un gesto hacia el portón abierto.

—Sí, claro —asiente—. Otro curso más. A ver que tal la dificultad este año, no quiero comenzar a usar chuletas, ya sabes. —Se ríe, y yo sacudo la cabeza, haciéndolo también.

—¿Tú, listillo? Jamás.

Le doy una palmada en la espalda, una pequeña, porque sé que es pequeñito y frágil. Vaya, sigue siendo tan poquita cosa, y eso que tiene doce años. En cualquier momento empezaré a decirle que parece una niña para molestarle.

Me río por lo bajo y entro en la amplia recepción. Siempre me gustó este espacio. Es grande y luminoso y hay plantas aquí y allí, y bancos para esperar y grandes escalinatas. Es muy elegante y muy... sí, supongo que la palabra es «pijo».

Me giro un poco para ver que Hamlet se ha metido las manos en los bolsillos y se muerde el labio.

—Este año compartimos clase de nuevo, lo he comprobado —anuncia, y yo sonrío, porque también lo he hecho—. Y también tenemos a la panda de idiotas que me llaman nenaza. Qué mala es la envidia, seguro que lo dicen porque soy más rico.

Lo dice con burla, bromista, pero sí, ya hay algunos que con cierta arrogancia se jactan de haber crecido más en altura y en robustez, y seguir haciéndolo.

Vale, está bien. No te diré que pareces una nena, ¿de acuerdo?

—Bueno, tendrán que cambiar de táctica cuando crezcas más que ellos — respondo, encogiéndome de hombros.

—Sinceramente, no me molesta ser bajito, me resulta todo un beneficio en otros aspectos, como dar pena a Julie, ya sabes, la sirvienta de noche, para que me de queso a deshora. No se puede resistir precisamente por mi tamaño, y qué narices, te tengo a ti esclavizado por la misma razón.

¡Pero qué cabrón! No puedo evitar reír.

—*¡Conque esclavizado!* —exclamo—. *¡Ahora verás!*

Me abalanzo sobre él y lo levanto de la cintura para colocármelo en el hombro como un saco.

Hamlet es muy ligero. Me gusta que lo sea.

También me gusta su contacto, aunque sea algo casual, juguetón, como esto. Supongo que no tendría que gustarme tanto, pero... en fin.

—*¿Qué dices ahora, señorito?* —me burlo, saltando un par de veces para zarandearlo.

Pues el susodicho se ríe y mantiene su pose digna incluso así, puesto sobre mi hombro de cualquier manera.

—*Que no soy un saco de patatas al cual maltratar* —responde—. *Si sigues así vuelves a pie, sin limusina y sin mi preciada compañía.*

—*No osarías abandonarme* —digo con confianza—. *Sobre todo porque entonces no pararíamos en el parque ni te invitaría a un helado de leche bien fresquito.*

—*Mmm... ¿estás tratando de chantajearme cuando eres tú el que me sostiene así?* —*Ojo, que se queda callado, pensativo*—. *Pero acepto.*

Me río, disfrutando de nuestro juego, nuestra confianza.

—*Eres un ordinario* —dice una voz cercana, una que conozco bastante bien—. *Pero claro, ¿qué se puede esperar de alguien como tú?*

Hago rodar la mirada y me giro, con Hamlet todavía sobre mi hombro. Oh, sí, ahí está: Lucas McMiggan, el que siempre habla con el mentón en alto y una sonrisa, y te hace saber que te desprecia sin usar una palabra más alta que la otra.

Él y su grupo de amiguetes elitistas se meten conmigo porque mis padres se esfuerzan mucho para permitirme esta escuela. No tenemos una segunda casa, ni mucho menos una tercera. Tanto mi padre como mi madre trabajan, y no tenemos criados, salvo una mujer mayor que nos limpia la casa tres veces por semana.

No, yo no soy como ellos. No soy el heredero de inmensas empresas multinacionales ni industrias valoradas en millones, no tengo yate, ni siquiera me van a comprar un coche cuando cumpla los dieciocho. El premio por aprobar cada examen es una sesión en familia al cine y después a la bolera, el domingo en que tanto mamá

como papá tienen fiesta —aunque no siempre coincide—.

¿Pero sabes qué? Que me importa un pito.

—Hamlet, sujétate —le indico.

Le suelto los muslos y luego, usando las dos manos, le levanto el dedo corazón a Lucas, que se envara con pose digna.

—Sí, increíblemente ordinario —dice con gran, graaaaaan dignidad.

Pero cuando se dirige a la escalinata con el mentón bien alto, asegurándose de que nadie lo ve, me devuelve el gesto como si eso lo convirtiera en un chico malote, y yo me río mientras sigue su camino.

—A mi parecer —comenta entonces Hamlet con un suspiro—, él es el que tiene comportamiento de baja cuna. Y tampoco está bien dicho, incluso las personas de baja cuna son más respetuosas. La diferencia es únicamente el capital. Creo que debería darle un susto. ¿Cómo le sentaría que tocara los hilos suficientes para que creyera que han embargado su empresa? Puedo permitírmelo.

Oh, sí, puede hacerlo. De todos estos niños ricos, seguramente él es el más rico. Me río ante la perspectiva, pero luego sacudo la cabeza y suspirando la apoyo en su cadera, cerrando los ojos.

¿Qué me importa lo que digan Lucas o Marie o Janette, si tengo a Hamlet para respaldarme cuando lo necesite? ¿Por qué debería dejar que me ofendieran, cuando todo lo demás es tan perfecto?

—No hace falta —respondo con dulzura—, pero gracias.

Todos han entrado ya. Estoy aquí solo, de pie, con las manos en los bolsillos. Alguien me mira a través de una ventana sucia y enrejada, como si fuera una prisión.

Mi madre ya se ha ido. Su nuevo trabajo, ¿no? ¿Cuál es? No lo sé. Creo que lo ha dicho, pero no lo sé. Desde luego, no será como el que tenía antes.

Nada será como antes.

No voy a entrar. No voy a estudiar en esta mierda de sitio.

Doy la vuelta y hecho a andar calle abajo.

==== Capítulo IV ====

Oh-oh.

Estoy en un lío. Sé que estoy en un lío.

Los dos están aquí. Mamá y papá. Se han vuelto hacia la puerta cuando la he abierto. Me miran. No están contentos.

Oh, mierda. Nunca me habían echado una mirada así, de esas que hacen que se te encojan las entrañas. Joder, pero si cuando les dije que soy gay mi padre se echó a reír porque pensaba que iba a confesar algo grave, como matar a un gatito a patadas.

No les importa que me gusten los hombres. Siempre he sido un estudiante aceptable, y no me he metido en líos. ¿Por qué iba a querer meterme en líos, si yo solo...? Yo solo... Solo quería estar con Hamlet.

Esta vez va a ser grande, lo veo en sus caras. Nunca he tenido una conversación de las grandes con mis padres, pero lo puedo sentir.

Los novillos. Oh, mierda. Es por los novillos.

¿Ahora os dais cuenta de que no he ido al colegio en una semana? No he pisado ese sucio instituto. No he puesto un pie en él.

No me vais a obligar, joder.

—Siéntate —indica mi padre con frialdad.

Nunca me había mirado así, con esa decepción seca. Como si hacer novillos fuera lo peor, vamos... Podría estar en ese colegio, fumando maría en los baños o vacilando a los profesores, pero no, sencillamente me voy al parque y paso el rato, ¿es tan chungo?

¿Creéis que voy a aprender algo allí? ¿Creéis que es un instituto que merezca tal nombre?

Me gustaría decírselo, pero no me sale. Se me ha ido la voz. Me están mirando como si los hubiera traicionado, Dios.

Así que sí, voy a sentarme. Voy a sentarme y dejar que me echen la bronca. Me

resbala lo que digan, yo ya lo sé. Lo veo venir.

Me siento frente a ellos.

Mi madre tiene los ojos enrojecidos. Será una broma. No puede llorar porque he hecho novillos. Y desde luego yo no me voy a sentir culpable por ello. No lo haré. Yo no decidí cambiarlo todo, ¿verdad? Fueron ellos, tan sabios y maduros, ¿eh?

—Nos ha llamado el director de tu escuela —dice mi padre con calma, y mi madre solo me mira con pena, con decepción, ¿será posible!

—Ahá —respondo con desinterés; cruzo las piernas, me recuesto, no me importa nada de todo esto, no me importa el colegio y su estúpido director.

—Dice que no has asistido a clase.

Cruzo los brazos. Sostengo sus miradas. Dios, ¿por qué cuesta tanto? No he hecho nada malo. No quiero ir a esa alcantarilla que llaman «escuela».

—No has asistido... —insiste mi padre, como si eso fuera a aclarar el asunto—... en una semana.

—Cariño, te dejé en la puerta el primer día... —musita mi madre con esa voz tan triste.

—Ya lo sé —replico, cortante, porque sí, lo sé, y también sé que di media vuelta y me marché.

—¿Lo sabes? ¡Claro que sí! —Él está enfadado, se lo veo en los ojos; nunca lo había visto así—. Ahora, ¿puedes explicarte? ¿Tienes alguna razón de peso para no haber ido a clase desde que llegamos aquí?

—¿Tal vez que no quiero estar aquí?

Se levanta con brusquedad, y eso me hace sentir... mal. ¿Por qué me tengo que sentir mal yo? ¿Por qué siento esta desazón, este deseo de pedir perdón? No tengo que pedir perdón. Dios, no me gusta cómo me mira.

—¡Pues tendrás que acostumbrarte! —me grita mi padre, que nunca alza la voz—. Ahora este es tu cuarto y ese es tu colegio. Esta es tu vida y vas a tener que aceptarla.

Yo también sé levantarme y encabritarme, papá.

—¡Pero no lo es! —Me pongo en pie y lo miro con furia—. ¡Vosotros habéis querido cambiarlo todo! ¡Lo habéis puesto todo del revés sin dar explicaciones!

—¡Sin dar explicaciones! —exclama mamá—. Ay, cariño...

—Sabes perfectamente que lo hemos hecho por ti —replica mi padre con más dureza que nunca—. Te estabas consumiendo en esa habitación.

«Esa» habitación, como si fuera algo despreciable. Como un insulto. ¿Cómo se atreve?

—¡No era *esa* habitación! —replico—. Era la habitación de Hamlet. ¡Mi Hamlet!

Me golpeo el pecho con énfasis. Pienso en él. Lo recuerdo en esa cama de hospital. El pitido de los monitores.

La luz desapareciendo de sus ojos en ese parque.

Noto una mano de hierro apretándome el corazón. Me ahoga. Mis padres no se dan cuenta, no son conscientes de nada, solo me miran, ella con tristeza y decepción, él con rabia y frustración.

—Cariño —dice mi madre con esa vocecita tierna, como si yo fuera un niño llorón de cinco años al que se le ha roto su juguete favorito—. Sé que estás dolido, pero es lo mejor para ti. No podías seguir allí, esperando... Eres tan jovencito, tienes tanta vida por delante...

—¿Vida? Pero es que yo no quiero esta clase de vida. ¡No la quiero!

—No es decisión tuya, sino nuestra —replica mi padre—. Somos tus padres, y sabemos lo que es mejor para ti.

—¡No, no tenéis ni idea!

Los miro con odio. ¿Qué van a saber? ¿Cómo va a ser mi amor igual de fuerte que el suyo? Eso es lo que piensan. No lo entienden. Soy solo un crío que no puede tomar sus propias decisiones, ¿eh?

¿Por qué no lo ven? ¿Por qué...?

La furia se está apagando. Me siento cansado, muy cansado.

¿Por qué no pueden comprender que solo quiero estar con Hamlet? Que le necesito. No puedo seguir sin él. ¿No lo ven? ¿No lo quieren ver?

—Worren...

Mi madre avanza, tiende su mano, pero yo me zafó de su toque.

Ella no quiere entender. Bien, me da lo mismo.

—No me importa —musito—. No me importa.

—Worren —llama mi padre, pero yo le doy la espalda y voy hacia la puerta—.
¡Worren! ¡Worren, maldita sea, no te atrevas a irte! ¡Estamos hablando!

—No, papá, estás sermoneándome porque no hago lo que tú quieres.

Abro la puerta y salgo dando un portazo. Todavía oigo su voz llamándome a gritos, pero bajo corriendo las escaleras y abandono el edificio.

No sé si me siguen, y no me importa.

He acabado con esta mierda de piso, esta mierda de barrio, esta mierda de colegio y esta mierda de familia. Sé lo que quiero. Si ellos consideran que no soy lo bastante mayor para tomar mis propias decisiones, que les jodan también.

Sí, sé lo que quiero. Y no me van a mantener lejos de él.

Empieza a llover sobre mi cabeza, pero me da igual. El agua me sentará bien. Me mantiene despejado, y el frío... el frío me ayuda en mi determinación.

Voy a volver con Hamlet.

==== Capítulo V ====

El autobús sale a las ocho y veinte. Son las siete. No me van a dejar subir hasta las ocho. Bueno, pues me quedaré aquí.

Me arrebujó bajo la chaqueta. El aire es frío y estoy mojado, con lo que es peor. No llevo equipaje, lo que ha extrañado bastante al tipo que me ha vendido el pasaje.

Solo soy yo, con mi chaqueta húmeda, mi cartera y mi teléfono móvil.

Lo he apagado. Mis padres me han llamado dos veces desde que los he dejado, y no voy a dejar que suene una tercera vez.

Los llamaré, obviamente. Cuando ya esté en casa. Entonces les haré ver que voy en serio, y recapacitarán. Tienen que hacerlo. Tienen que ser capaces de entender que no pueden arrancarme una parte de mí por mucho que quieran.

Suspiro y me froto los ojos cerrados. Estoy cansado. Estoy cansado de tener pesadillas, de estar furioso, de añorar a Hamlet. No voy a seguir.

No voy a seguir.

Era bonito tener diez años. Incluso once. Los doce empezaron a ser un problema, pero ay, por dios, ahora que tengo trece esto es un infierno. Este... este... calor en el estómago... es muy... molesto. Vamos a dejarlo en molesto.

Me sube por el pecho y me oprime el corazón. Y también me baja, y vamos a decir que... me pone un poco tenso en cierta parte que no debería estar tensa.

Sé lo que significa todo esto. Hace tiempo que lo sé. Esta excitación, y este... deseo que tengo dentro. Hasta ahora solo se trataba de... no sé. Disfrutar de la compañía, imagino. Estar siempre cerca. Cuidarlo. Vigilar que estuviera sano y bien.

Pero este calor, ay, no, esto es diferente. Y solo es porque lo estoy viendo en bañador. ¡En bañador! Pero si he estado mil veces, ¡un millón!, en su piscina privada, aquí sentado en la tumbona, a punto para zambullirme yo y zambullirlo a él y hacerle

ahogadillas.

Lo que sí es la primera vez es haberme excitado al verlo.

No me quiero levantar. Por favor, no me hagas levantar. Diré que tengo mal de estómago. Sí, eso funcionará.

Dios, no estoy ruborizado, ¿verdad? Es el calor. Sin duda es el calor. Dios, es que no quiero estar tan... puesto así. No me parece bien. ¡Pero si Hamlet todavía parece un bebé!

Y el cabrón viene tan campante y me pone en la cabeza una gorra. El gesto me permite agacharla un poco más, y así corro menos riesgo de mirarlo. ¿No? ¿No?

—Qué raro que aún no te hayas tirado de cabeza —me dice.

—Ya... —Di algo más, Worren, ¡di algo más!—. Hoy no me apetece mucho.

No, claro que no. Di algo con sentido, coño, que estamos a más de treinta y yo cuando paso de veinticinco grados desespero por una ducha fría. Ni con gripe ni descompuesto rechazo yo una piscina.

Bueno, por lo visto en estado de excitación secreta sí lo hago, pero eso Hamlet no tiene que saberlo. Por favor.

Malditas y perras hormonas.

Hamlet, no lo arreglas. No te acerques más, que no lo arreglas.

—A ti te pasa algo, grandullón —me dice.

—¿No...?

¿Por qué suena como si dudara? ¡No estoy dudando!

El pequeñín me pone los dedos en el mentón. Lo coge... y empuja para arriba, para que lo mire. Supongo que podría resistirme a su poco potente fuerza, pero...

Pero me encuentro mirando sus ojitos casi translúcidos, y él mira los míos. Y me da vergüenza, porque, en fin, ahora mismo tengo una tienda de campaña de campeonato porque lo he visto en bañador y mojado.

—No te creo —me informa.

—Ya me lo imagino —acepto.

—¿Entonces qué pasa? ¿He hecho o dicho algo que te haya ofendido?

¿Lo peor? Suena verdaderamente preocupado por esa posibilidad. Lo miro,

ceñudo y sorprendido.

—¡Claro que no! —exclamo—. ¿Pero tú estás tonto?

Y solo para dejar clara mi postura al respecto levanto una mano y le doy buen capón.

Me he destapado la tienda de campaña. Noto que me queman las orejas cuando vuelvo a cruzarme los brazos en el regazo intentando ser... eh... ¿casual?

—Cualquiera lo diría, y si te soy sincero...—Me mira con mucha fijeza—. Yo hago esa misma postura cuando me pongo cachondo.

...

Te odio. ¿Vale? Te odio.

—Tú no tienes edad para ponerte cachondo —bromeo—. No se te levantará hasta dentro de siete u ocho años por lo menos.

Vale, tenemos la misma edad, pero es que Hamlet es tan poquita cosa...

—Sí me pongo, y más veces de las que crees —replica con calma—. He optado por no disimular cuando estoy excitado, nadie se fija.

Y mi mirada se ve inmediatamente arrastrada a su...

...

¿Eso que veo es una tienda de campaña?

—¿Qué, te sorprende? —Tiene la desfachatez de burlarse de mí mientras yo le miro el paquete con la boca abierta.

—Hombre —logro decir—, el frío de la piscina suele tener el efecto contrario.

—Tengo algo que me mantiene caliente.

Intento pensar. Para pensar tengo que dejar de mirar ahí abajo. Alzo la cabeza y lo miro a los ojos.

Esos ojos que tanto me gustan.

Bueno, Hamlet tiene también trece años. Supongo que el despertar sexual llega sin importar tu aspecto ni tu constitución, ¿no? Así que no tendría que sorprenderme. Ni que avergonzarme tampoco.

Espera. ¿Qué lo mantiene caliente? ¿En qué está pensando este pequeño cabroncete mientras está conmigo en la piscina?

Ah, no me pienso quedar con la duda.

—¡Pero serás capullo! —exclamo, riendo, y ya no me da vergüenza apartar los brazos... solo porque lo agarro del codo y me lo echo en el regazo para hacerle cosquillas a esas húmedas costillas—. ¿¡Qué se supone que te tiene cachondo cuando tendrías que estar atendiendo a tu amigo del alma!?

La risa de Hamlet no es estridente ni nada, es... suave, ligera. Me gusta cuando se ríe. Me gusta hacerlo reír.

—Pollas —suelta de pronto—. Una concretamente.

¿Qué acaba de decir?

He dejado de hacerle cosquillas. Le miro la espalda delgada y pálida.

¿Acaba de decir que...? ¿Ha sido una broma? ¿Es en serio? ¿Le gustan los chicos? Tal vez esté pensando en chicos. Tal vez esté pensando en mí. Oh, no, imposible, eso no... ¿Verdad? Solo son mis fantasías. Porque yo sí pienso en él. Pero si yo pienso en él, él también puede pensar en mí... tal vez... quizá.

Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Hamlet, ¿qué has hecho? Deslizo la mano por su columna hasta sujetarlo de la cintura y sentarlo a mi lado, en silencio. Ya no tengo ganas de reír. Necesito mirarlo a la cara y ver...

¿Qué quiero ver exactamente? ¿Qué estoy buscando?

¿Es posible que yo le... interese?

El pequeñín inspira hondo y se toca la nuca. Hace eso cuando está nervioso, o incómodo, o... ¿Lo está? ¿Está nervioso? ¿Por mí? ¿Es posible que sea por mí?

—Creo que va siendo hora de confesarte que soy homosexual —dice.

Inclino un poco la cabeza hacia él, solo para indicar que estoy escuchando.

Es homosexual. Le gustan los hombres. El corazón me late a toda velocidad, porque... Dios, nunca me había planteado la posibilidad de tener esperanzas.

—Y concretamente —continúa hablando— estoy enamorado de uno en especial. Está cerca, muy cerca ahora mismo, ¿me sigues?

Solo por... por asegurarme, supongo, miro alrededor. No hay nadie, claro. Sus padres no están y el servicio se mantiene apartado. Solo él y yo.

Solo...

Noto la sonrisa en la boca, tímida y esperanzada.

—Eso creo —admito en voz baja.

—Sé que puede sorprenderte —asegura Hamlet—, pero no significa que tenga que cambiar nada, solo quiero que seas consciente de lo que ocurre y de que no me avergüenza estar excitado por ello. Y tú tampoco deberías.

—Bueno... No me importaría que algunas pequeñas cosas cambiaran. Un poco, tal vez.

—¿Eso qué significa? ¿Es bueno?

—Bueno, eso espero.

Y le doy un beso en la boca.

Es... fugaz. Un poco torpe, supongo. Solo... Solo probar. Solo ver.

Me enderezo en seguida, y él está sonriendo. Su mano se levanta y acaricia mi mejilla, y yo me siento... Ay. Como si se me inflara un globo en el estómago y echara a volar.

—Tan bueno que ni en mis mejores sueños —comenta Hamlet—. ¿En serio soy yo quien te provoca excitación? Y pensar que creía que sería alguna chica y que nuestra relación podría incluso enfriarse. Aunque me mostraba seguro tenía miedo, ¿sabes? Pero no quería seguir ocultando esto, es imposible.

—Llevo enamorado de ti toda la vida.

Ya está, ya lo he dicho.

¿Demasiado bestia? No lo creo. Se sonroja, y tose, pero sonrío. Esa comisura que se le levanta más que la otra... siempre me ha parecido monísima.

—Es divertido —dice—, porque yo también de ti.

—Oh, vale. Entonces, arreglado. Ya me siento mejor.

Hamlet me quiere, Hamlet me quiere... No puedo resistirlo. Le echo los brazos alrededor y lo achucho. Mi Hamlet. Mi precioso, precioso Hamlet...

—No, no vas a sentirte mejor, vamos a sentirnos febriles con los besos.

El recuerdo me hace sonreír. Fue tan... natural. Tan fácil.

Lo que teníamos era bueno.

No. Lo que *tenemos* es bueno, digan lo que digan y nos pongan las trabas que nos pongan. Voy a volver contigo, Hamlet.

Abro los ojos y veo la puerta del autobús abierta. Oh, mierda, me he distraído. Me levanto de un salto y me pongo a la cola. No es larga. Voy a entrar en seguida. Me voy a poner de camino y volveré a casa. Volveré contigo.

Contigo.

Mis labios alcanzan los suyos y lo beso, lento, suavemente. Lo disfruto. Lo saboreo. Y él me besa a mí, con fuerza, con vehemencia. No quiere suavidad. Quiere ardor. Quiere ir deprisa.

Y entonces se para.

Con un jadeo de sorpresa alzo la cabeza. Hamlet está inmóvil en mis brazos, con los ojos cerrados, la boca entreabierta y los labios húmedos.

—¿Hamlet?

No hay respuesta. Frunzo el ceño.

—Hamlet, joder, no creo que sea un momento para hacer broma.

Nada.

—¿Hamlet?

Lo cojo del hombro y sacudo. Su cabeza se mueve adelante y atrás, inerte.

Totalmente inerte.

Noto un escalofrío, el corazón se me para. Se para.

—Hamlet. ¡Hamlet, hostia! ¡Hamlet! ¡HAMLET!

—¿Subes o qué?

Doy un respingo. Miro atrás, a la señora que me observa con cara de malas pulgas. Sin pensar me aparto de su camino, y dejo que la cola siga.

Los miro pasar a todos. Suben al autobús. Mi autobús.

El conductor me mira, inquisitivo. Titubeo. Tengo el billete en la mano. Tengo lo que necesito para volver a casa. A casa, con Hamlet.

Con mi... Hamlet.

Pero no subo. El autobús cierra sus puertas, el motor se enciende y se va. Y yo me quedo.

Me quedo porque sus padres tienen razón.

Yo...

Fue culpa mía.

Hamlet, todo esto... es culpa mía.

==== Capítulo VI ====

Estoy empapado al entrar en casa. Las voces callan. Mis padres están aquí. Pasos. Corren hacia aquí.

No, por favor. Ahora no. No puedo.

—¡Worren!

La voz de mi madre es tan preocupada, tan aliviada. Por favor, déjame tranquilo. Solo... déjame tranquilo. No quiero hablar. No puedo hablar.

—¡Por fin!

Ese es mi padre. Mi padre también está aliviado, pero... pero furioso.

—¿Cómo has podido pasarte tantas horas fuera? —me espeta, plantado delante de mí—. ¡Y has apagado el teléfono! ¡Eres un desagradecido!

Lo sé, ya lo sé. Lo siento. Lo siento.

No puedo con esto. No soy capaz de hablar. Mantengo la cabeza agachada, agotado.

Me duele. Me duelen los pies de caminar, me duelen los hombros de la tensión, el cuello, la cabeza. El corazón.

Es culpa mía. Todo es culpa mía.

Apenas escucho el discurso de mi padre. Sé que me está echando la bronca, pero no quiero escuchar. Solo quiero...

¿Qué quiero? ¿Qué puedo querer? ¿Qué puedo... merecer? Nada. No merezco nada. Mi Hamlet... Pero si casi te he matado.

Mis labios alcanzan los suyos y lo beso, lento, suavemente. Lo disfruto. Lo saboreo. Y él me besa a mí, con fuerza, con vehemencia. No quiere suavidad. Quiere ardor. Quiere ir deprisa.

Y entonces se para.

Debí haberlo sabido. Debí haberme dado cuenta. Se estaba apagando. Se esforzaba por no dejarlo ver pero debí verlo. Fui tan estúpido, tanto, tanto, tanto...

—Cariño, déjalo, parece muy abatido —pide la dulce voz de mi madre.

Me dan ganas de llorar. Quiero acurrucarme entre sus brazos. Quiero que me acune, como cuando era un niño. Quiero que me diga que todo va a ir bien, porque sé que no va a ir bien. Hamlet sigue en la cama de hospital, y lleva un año allí. Un año, porque quise tomar más de lo que debía. Quise tenerlo todo.

Y por eso mi Hamlet, mi precioso Hamlet, entró en coma.

Él tenía el corazón débil. Yo lo sabía, ya me lo habían dicho, me lo habían advertido. Nada de parques de atracciones. Nada de casas del terror. Nada de emociones fuertes. ¡Y entonces voy yo y lo beso!

—¿Te preparo la cena, hijo?

—No le prepares nada, que lo haga él si quiere.

—Ay, cariño, pero míralo...

—No. Si es tan mayor para irse sin avisar, también lo es para hacerse un bocadillo, ¿no?

Sí, lo soy. Soy lo bastante mayor para muchas cosas. Para darme cuenta de mis errores, también.

Paso junto a ellos. No hay más bronca. No hay réplicas. Me dejan ir y llego al cuarto que tiene que ser el mío. Debe serlo, porque no voy a volver a casa.

Nunca voy a volver a casa.

Cierro la puerta tras de mí, y al hacerlo también cierro los ojos.

Me deslizo por la pared y me siento en el suelo. Todavía tengo el pelo pegado a la cara, la humedad de la tormenta en mi piel, la ropa mojada, pesada.

Solo yo, a solas en este cuarto vacío.

Y Hamlet en el hospital.

Agacho la cabeza y la hundo entre las rodillas.

Quiero llorar, pero no puedo. No me salen las lágrimas.

No sé qué hora es, pero me duele el estómago. Tengo hambre. Odio tener hambre ahora. Ya sé que es estúpido y el hambre va por libre, pero, dios, no quiero pensar en comida ahora. No puedo. Solo quiero quedarme aquí y desaparecer.

Esta sensación no va a irse sin más. Tengo que levantarme. Está bien. Haré ese bocadillo. Satisfaré el puto apetito y...

Y no sé.

Me pongo de pie. Me duelen los huesos y tengo la ropa húmeda todavía, pero me da lo mismo. Hace frío y está todo a oscuras. Miro el reloj que mi madre ya ha puesto en el salón; las manecillas fluorescentes marcan las dos de la mañana. Ellos ya están dormidos, por supuesto. Soy yo el que está despierto.

Voy a la cocina igual que un zombi. Un bocadillo y vuelvo a esa habitación. No sé a qué. No sé qué haré encerrado allí, ni cuánto voy a estar así.

Sé que es absurdo. Sé que es tonto sentirme tan agotado, tan... apático. No voy a solucionar nada, pero... pero es que no sale. El dolor. La pena. Los remordimientos. Las lágrimas. Los gritos. Nada sale. Lo tengo dentro y me hace sentir frío, mucho frío.

Entumecido enciendo la luz. Saco el pan, el queso.

A Hamlet le encanta el queso. Le encantaba. Le encanta. Oh, dios. Está vivo, enchufado a todas esas máquinas. Vive. Seguirá viviendo.

Y yo lo he dejado así.

Ah. Un retortijón. No sé si voy a poder comer. Tengo que hacerlo. Siento hambre, pero también siento una bola, como si no pudiera tragar. Tal vez vomite.

Tal vez lo merezca.

Cojo el pan con una mano y el cuchillo con la otra. Lo clavo. Se quiebra la corteza y noto la blandura del interior. Nunca me había fijado en ese contraste. Era algo obvio. La compañía de Hamlet también era obvia. Y ya no.

—¡Ah!

Suelto el pan. ¿Qué...? ¿Qué ha sido eso?

Un corte. Me cruza la palma hasta la muñeca. Brota la sangre, como un vaso que se desborda. Me corre por la mano. Me cae por el brazo y llega al suelo.

Hay sangre en el cuchillo.

Me he cortado. Me acabo de cortar la palma de la mano.

Duele. Duele. Joder, duele. La sangre... dios mío, tanta sangre.

¿Qué ha pasado? Yo solo... El pan. Estaba cortando el pan. ¿Pero cómo llegué tan al fondo? ¿Cómo me he cortado así?

Me he cortado. Yo... me he...

No. Yo no quiero... Yo no...

Hay... mucha... sangre.

Me tiemblan los labios, los brazos. Todo. El escalofrío me recorre la espina dorsal. El frío se me congela en el estómago y las tripas.

Me he cortado. Desde la base del índice hasta la muñeca. Me he cortado. Hay mucha sangre.

Dios mío, no quería hacerlo. No quería cortarme. No quería... morir.

¿Me voy a morir?

El corazón se me para. O late muy deprisa. No lo sé. No sé nada. Oh, dios mío. Dios mío. ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

Mis labios tiemblan otra vez. No. No. He dicho algo. ¿He dicho algo?

—Mamá...

Por favor. No sé qué ha pasado. Solo... Yo solo...

—Mamá...

No puedo ver. Tengo los ojos anegados. Ah, lágrimas. Brotan lágrimas. Este frío es más intenso y estoy empezando a llorar.

—¡Mamá!

Mi voz es húmeda, desesperada. Tengo miedo. No quería que esto pasara. No sé qué es lo que ha pasado. Un accidente. Un error.

Pasos. Luces que se encienden. Miro hacia la puerta. La veo, me ve. Grita y corre hacia mí.

Reconozco su rostro. Es mi madre, y me quiere. Siempre me ha querido, incluso cuando soy un cretino.

—¡Mamá...!

El sollozo me quiebra la garganta. Me da igual. La abrazo. La estoy manchando

de sangre. Estoy llorando. Me dice algo, pero no la oigo. Sigo llamándola. Creo que le pido perdón. Tengo que pedirle perdón. Tiene que saber que lo siento, que... que no quería hacerle daño.

Mi madre, cuánto la quiero. Y a mi padre. No quería ser un desagradecido. No quería lastimarlos.

Alguien me toma de la muñeca. Es mi padre. Está asustado. Me dice algo.

—¿Qué ha pasado?

Sacudo la cabeza. Miro el pan, partido en el suelo, manchado de sangre. Mi sangre.

—Lo siento —musito—. Lo siento. Lo siento. Lo siento...

Alguien dice algo. Oigo a mi madre; está al teléfono. Ha llamado a una ambulancia. Dios, una ambulancia.

—Ha sido un accidente —aseguro, y me tiembla la voz—. Yo solo... No sé cómo ha pasado. Lo siento. Lo siento, papá.

—Lo sé, hijo —asiente él, y me pone un trapo sobre la mano herida—. Todo va a ir bien.

Todo va a ir bien.

No, no lo hará. Pero os tengo a vosotros. Os tengo.

Empiezo a llorar más fuerte, y mi padre me abraza. Me abraza fuerte. Me sostiene mientras me sangra la mano y llega la ambulancia.

Me sostiene incluso cuando me llevan al hospital.

==== Capítulo VII ====

** Varios Meses Después **

Lo he conseguido.

Vaya, hasta ahora no estaba seguro de haber podido, pero... lo he hecho. Miro el edificio, intentando no hacer comparaciones. Intentando no pensar en mi anterior instituto: el elegante, el luminoso, en el que llevaba uniforme y los profesores siempre estaban dispuestos a quedarse un poco más con sus alumnos menos aventajados.

Aquí, en este sitio nuevo, no hay uniformes ni creo que los maestros hagan sacrificios, pero al menos no hay grafitis, no parece una prisión, y las chicas no van pintadas como payasos ni llevan faldas de tres centímetros.

Ah, menos esa. Y esa.

Bueno, no importa. En la vida tiene que haber de todo, ¿no? ¿No? Hay que aceptar las cosas como vienen.

Mis padres han logrado que me aceptaran en este nuevo instituto. Está más lejos, pero es más limpio, más... normal. Más escolar. Y yo me he esforzado mucho por no quedarme atrás. He estudiado mucho en verano para estar a la altura y recuperar el tiempo perdido con mi cabezonería.

Si me hubieran dejado seguir en casa no me habría atrasado. Yo atendía en todas las clases para luego explicarle las lecciones a Hamlet.

Chasqueo la lengua. Es una tontería. Él estaba en coma; dudo que oyera nada de lo que le dije. Ni las lecciones, ni lo mucho que lo echaba de menos.

Quizá haya despertado. Quizá esté despierto y aliviado de que lo haya dejado en paz. Quizá está mejor sin mí.

O quizá debería llamar para saber cómo se encuentra.

Noto un pinchazo y siseo, apartando la mano. Un imperdible. Me cuelga del dedo, la aguja clavada hasta casi la mitad. Lo cojo y lo arranco. Sale un pequeño hilo de

sangre. Duele y es escandaloso, pero no es grave. Me chupo la herida mientras vuelvo a colocar el imperdible en mis pantalones, con los demás; unos cuantos dispuestos en línea a lo largo del muslo, como un adorno.

Era eso o clavarme el boli.

Dios, ¿cómo he llegado a esto? ¿Cómo he llegado a llevar imperdibles para autolesionarme?

Noto una media sonrisa en la boca. Hace un par de meses ni siquiera hubiera pensado en esa palabra, pero después de darme cuenta de que me había arañado el brazo hasta hacerme sangre empecé a buscar información en internet para entender por qué me estaba dañando a mí mismo, cuando no tenía una razón concreta.

Así que, sí, me autolesiono. Ni siquiera soy consciente de ello hasta que ha pasado. No lo busco, no lo planeo, sencillamente sucede, como sucedió al prepararme aquel estúpido bocadillo. Es la única herida que ha dejado cicatriz.

No soy un suicida. No quiero morir. Ni siquiera me gusta el dolor, pero me lo provocho. Algunos dicen que es para dar salida a la ansiedad. Yo no siento ansiedad, pero me hago daño cuando pienso en Hamlet.

No. Cuando pienso en volver con él. Cuando pienso en regresar a esa habitación y besarlo y abrazarlo. En conseguir que despierte y mantener una relación. O cuando intento olvidar que está en coma... por mi culpa.

Supongo que mi subconsciente es muy inteligente; más que yo, por lo menos.

No me merezco esas cosas. No me merezco pensar en lo bueno que tuvimos. Está en esa cama hospital por mi culpa, y no debería olvidarme, pero lo hago. Y entonces...

Me miro el dedo, que ya no sangra, aunque se ve el pequeño pinchazo en la piel húmeda por mi saliva. Me encojo de hombros y me seco en los pantalones antes de enfrentarme a la sencilla recepción de este nuevo instituto.

Tomo aire y dejo de remolonear. Entro.

No, no es como mi escuela. Aquí las ventanas están tan rejadas que apenas dejan entrar la luz, y los fluorescentes del techo derraman esa clase de luminosidad mortecina.

Pero, ey, no hay grafitis ni huele a pis.

Saco del bolsillo el papel donde he apuntado mi clase. Ya me lo sé de memoria,

pero miro de todos modos. No me paro a preguntar al conserje, que parece muy ocupado hurgándose la nariz, sino que busco por mi cuenta.

Hay chavales aquí y allí, en pequeños grupos. Los grupitos no desaparecen, da igual la escuela a la que vayas. Eso me hace sentir un poco menos fuera de lugar. No conozco a nadie, pero lo haré. Haré amigos. Ese nunca ha sido un problema para mí. Soy un chico sociable, me llevo bien con la gente. Me gusta la gente.

Pero todo me parece un poco gris sin Hamlet.

Noto algo frío en la mano y vuelvo a dejar el imperdible donde estaba. Ahora no, joder, estoy en medio del colegio nuevo. Sigo buscando la clase. No tardo en dar con ella, y, ey, todavía faltan diez minutos para que empiece la jornada escolar.

La puerta está abierta, así que entro en el aula con discreción. Hay algunos chavales, tres o cuatro, sacando ya el material de la primera asignatura. Eso es estar aplicado.

Pero hay uno que no. Un chico junto a la ventana, delgado y no muy alto, que mira fuera con gesto apático, apoyando el codo en la mesa. Su mirada está perdida en el exterior, como si estar aquí no le interesara en lo más mínimo.

Me recuerda un poco a mí mismo hace unos meses, antes de aceptar lo que había hecho.

Por eso voy hacia él. Me siento en el pupitre de al lado, y lo miro.

—Hola —saludo animadamente.

No se gira de inmediato. Pasan un segundo, dos. Entonces se vuelve lentamente, reclinando la mejilla en su mano abierta, y me mira parpadeando como si no entendiera cómo he llegado allí.

No sé qué le ha pasado, pero su corazón está muy lejos de aquí. Le sonrío.

—Soy nuevo —explico, aunque no me ha preguntado y dudo que le importe—. Me llamo Worren. ¿Y tú?

No me va a contestar. Me mira como si se preguntara en qué idioma hablo. Oye, quizá es extranjero y por eso está tan distante. Quizá...

—Lander.

Ah. Sí que me entiende. Sí que habla. Y me acaba de decir su nombre. Eso me

gusta. Sonríó un poco más y tiendo mi mano para saludar.

—Hola, Lander —digo.

Tras unos momentos acepta el gesto y le estrecho la mano con firmeza. Su agarre es débil, inseguro. Su mirada también es insegura.

Este chico me cae bien. Me recuerda a mí, y quiero que deje de ser ese antiguo yo.

==== Capítulo VIII ====

¿Está respirando? Tiene que estar respirando, ¿verdad? La gente viva respira. Pero el mayordomo de Hamlet —¿Cómo se llama? ¡Nunca me acuerdo!— ha dicho que su corazón es muy frágil y se puede parar. Si el corazón se para la gente muere, eso lo sé aunque tenga ocho años. Sé lo que es morir. Lo que no sé es cómo será cuando Hamlet se muera.

Pero yo no quiero que se muera.

—¿Hamlet? —lo llamo con miedo—. ¿Estás vivo?

Oigo un movimiento en la otra cama, y eso ya me hace sentir un inmeeeeenso alivio.

—Claro que lo estoy, ¿por qué no iba a estarlo? —se queja con voz adormiladita.

—Oh, no, nada —niego rápidamente—. ¿Estabas dormido?

También oigo su risita. Es una risita suave, leve, que casi no se nota.

—No, pero casi estaba a punto. ¿Por qué te preocupa tanto que esté vivo? Me faltan muchos años para eso, no tenemos edad para pensar en la muerte.

—Ya... Pero es que...

Me giro en la cama, poniéndome boca abajo, pero me apoyo en los codos. No veo nada, porque la habitación de Hamlet está a oscuras, claro.

—¿Qué, es por mi estúpida enfermedad? Eso no significa que vaya a morir.

—No... Bueno... Es que el mayordomo dijo que... ¿Te vas a morir?

Oigo un movimiento. Creo... que se ha sentado. Y resopla. Está frustrado. Ay.

—Claro, como todos, algún día, ¡pero no hoy, ni mañana!

—Um. Vale. No te enfades, ¿eh?

—Pues no digas tonterías, pesado. —Un nuevo ruido, así que supongo que o ha saltado de la cama, o se ha echado otra vez.

Me río por su vehemencia. Vehemencia, esa palabra la aprendimos hace poco en

el colegio.

—Buenas noches, gruñón —me burlo.

Hamlet bosteza y gruñe algo. Bueno, puede que sea más un ruidito de sueño, porque luego se queda callado.

Y sigue callado.

¿Está respirando?

—¿Hamlet? ¿Estás vivo?

No dice nada. Frunzo el ceño y me siento.

—¿Hamlet?

Silencio.

Me levanto de la cama y miro alrededor. Todo está tan, tan oscuro...

—Hamlet, venga...

Pip. Un pitido. ¿De dónde sale? ¿La consola? No... No es de la consola. Doy un paso en la oscuridad, dos, tres.

Pip, pip.

Pip, pip.

Ahí está. Hamlet, en su cama. Su blanca, blanca cama. A su alrededor hay consolas. No. Monitores. Tubos. Cables.

Una pantalla muestra una línea que zigzaguea. Pip, pip. Pip, pip. Es su corazón. El latido de su corazón.

Hamlet abre los ojos y me mira. Me mira con odio, con desprecio, y entonces dice:

—Me has matado.

No puedo respirar. Dios mío. Hamlet. ¿Dónde estás?

¿Dónde estoy?

Reconozco la habitación. Mi habitación. ¿Dónde está Hamlet? Miro alrededor. Solo estoy yo. Yo, con mis muebles nuevos, con mis viejos posters, con mis libros de texto del instituto nuevo.

Hamlet. Dios mío, Hamlet. Una pesadilla. Ha sido una pesadilla. Pero era real.

Estuvimos en su cuarto. Le pregunté si estaba vivo. No dejé de preguntarlo todo la noche, hasta que me metí en su cama para notarlo respirar. Tenía ocho años.

Ya no tengo ocho años. Ahora las cosas son distintas.

Ahora lo he matado.

No, no, no. Hamlet no está muerto. Hamlet no...

Tengo las mejillas empapadas. He llorado. Estoy llorando. Oh, no. Si mis padres me oyen... No pueden oírme. No puedo preocuparlos así. Me tapo la boca para ahogar los sollozos.

No estás muerto. Estás en coma. Y sí fue culpa mía. Estás conectado a todas esas máquinas que te mantienen con vida. El suero. El monitor que transmite el latido de tu corazón, siempre regular, siempre regular... Tu pobre y frágil corazón.

¿Qué te he hecho?

Oh, dios, ¿qué es lo que te he hecho?

Noto la humedad, no en mi cara. Me corre por el brazo. Oh, mierda. Oh, mierda. Me he clavado las uñas. Estoy sangrando. Ni siquiera me duele. No me duele, no siento nada. No siento nada. Debería sentirlo.

Hundo las uñas un poco más. Rasgo la piel, la carne. Una punzada. Ahora duele. Joder, joder, ahora duele. Y corre la sangre. No puedo manchar nada. No puedo dejar que se manche nada.

Me abalanzo sobre la mesita de noche y cojo la caja de pañuelos. Saco tres y limpio la sangre. Aprieto las heridas. Duele más. Cuanto más duele, menos lloro. No tengo que llorar mientras duela. No merezco purgar el tormento con lágrimas.

Así está mejor. Ya no hay lágrimas que valga, solo la sangre secándose en el pañuelo. Solo las heridas.

Respiro hondo y me apoyo en el cabecero. Cierro los ojos.

Sí, así está mejor.

—Buenos días, cariño —saluda mi madre cuando entro.

Le sonrío y la beso en la mejilla.

Nada delata lo que ha pasado esta madrugada. Las heridas están bajo el fino

jersey, y los pañuelos escondidos en el fondo de la mochila. No hay lágrimas ni ojos enrojecidos, ya no.

No voy a hacer que se preocupe.

—En seguida termino tu almuerzo —asegura mamá, que bate los huevos con brío.

—Gracias.

—Ay, qué tonto.

La beso otra vez y salgo... pero ella me llama cuando llego a la puerta de la cocina.

—Cariño... Ha llamado Ophelia.

Me detengo en seco. Ophelia. Dios, sí. La madre de Hamlet. Me palpita la herida del brazo, un recordatorio: es culpa tuya, tuya, tuya...

—¿Sí? —digo, intentando que parezca que no me importa mucho, que ya no tiene importancia.

—Quería hablar contigo, pero todavía estabas en la cama.

Así que ella era la que estaba al teléfono esta mañana. Asiento, sin girarme. No sé si puedo mirar a la cara a mamá y lograr que no vea lo que me duele.

—Dice que Hamlet está bien —asegura con ternura—. No hay cambios.

Asiento de nuevo. Claro que no hay cambios. ¿Los habrá? ¿Algún día despertará? Por favor, despierta. Ya no estoy allí para hacerte más daño. Todo estará bien, así que abre los ojos. Al menos déjame saber que has abierto los ojos.

—Gracias, mamá —digo antes de marcharme.

Noto el metal frío en la mano. El imperdible. Lo abro y me lo clavo en la palma una vez. Ahogo el jadeo de dolor. Me arranco la aguja y vuelvo a colocarla en su sitio antes de ir a saludar a mi padre.

==== Capítulo IX ====

Reconozco el estéril pasillo, todas las puertas iguales. Pero sé a la que voy. La reconocería en cualquier parte, aunque no es distinta a las demás.

El cuarto de Hamlet, con sus monitores y tubos y cables. Está aquí, esperando.

Abro esa puerta que conozco aunque sea igual a las otras.

—Hola, Ham...

Pero hay alguien más. Hamlet, sí, tendido en el lecho, con los ojos cerrados y el constante pip, pip de los monitores. Pero también está de pie, junto a la cama. Mirando al muchacho que está en coma. Mirándose a sí mismo.

—¿Hamlet?

Casi no reconozco mi propia voz. Ahogada, maravillada. Está aquí. Está despierto, pero también dormido.

El que está de pie alza la cabeza y me mira. Hay reproche en esos ojos que conozco tan bien. Está muy pálido. Demasiado pálido. Veo las venas que corren bajo su piel.

—No me despierto —dice.

—Lo harás —le aseguro, acercándome.

Él se aparta. Se aparta de mí. De mí. Me mira con rabia, con odio.

Me odia.

—Es culpa tuya —espeta.

—No, yo...

—Culpa tuya. ¡Es culpa tuya!

—¡Es culpa tuya!

Me enderezo bruscamente. ¿Qué? ¿Dónde estoy? Espera. Es la parada del autobús. Me he dormido esperando el bus. ¿Lo he perdido? Oh, mierda. ¿Cuándo es el

siguiente? Tengo que estar en casa antes de la siete. Llamaré a mamá para avisar. Haré...

—¡Déjame!

Es la voz de un niño. Están discutiendo.

«Es culpa tuya». No, no era Hamlet.

Oh, mi Hamlet.

La punzada de dolor me acuchilla el estómago. No puedo pensar en eso ahora. ¿Qué está pasando aquí? Miro alrededor. Ah, ahí están. Un corrillo. Son críos, no tienen más de diez años. Dentro del corrillo hay otros niños. Dos. Se empujan. Se miran con odio.

No deberían mirarse con odio. Son solo niños. Dios.

Me levanto y me acerco. Van a pegarse. Van a pelearse y se harán daño, mucho daño, total para nada. No van a arreglar la que sea la diferencia que los enfrenta. Así no se arreglan las cosas. A golpes no.

Tengo que pararlo.

—Uy, chico, así te harás más daño tú que a él —comento de pronto, y la pelea se congela mientras todos los críos me miran.

—¿Tú quién eres? —dice el que tiene los puños mal cerrados, con el pulgar por dentro y las falanges estiradas.

—Alguien que sabe de lo que habla.

Me meto tranquilamente en el corrillo y me acuclillo. Son tan pequeñitos. ¿Por qué se pelean de tan pequeñitos? Me mira con desconfianza cuando le cojo la mano.

—Si pegas un puñetazo así, te puedes partir el pulgar —le explico con tranquilidad—. Pero mira...

Le abro el puño y se lo vuelvo a cerrar, con los dedos bien doblados hacia adentro y el pulgar por fuera.

—Prueba ahora, ya verás —indico, extendiendo la mano con la palma hacia él, invitándolo a golpear.

Lo veo dudar. En realidad no quiere pegar a nadie, pero era una cuestión de orgullo, ¿verdad? Algo ha pasado para que tuvieran que pelearse, y tenía que proteger su

honor. Le sonrío, y al final golpea. Es tan débil que casi no lo noto.

—Venga, más fuerte —lo invito—. Ya verás lo bien que te sientes luego.

Frunce el ceño, apretando los labios, y obedece. Esta vez ya pica un poco más.

—¡Oye! —se queja el otro niño.

—¿También quieres probar? —atajo en seguida su enfado—. ¡Sin problema!

Tengo otra mano.

Le guiño un ojo y extendiendo la palma hacia él. También duda, pero cuando el primer niño da por tercera vez no quiere quedarse atrás, y de pronto me encuentro con un crío pegándose en cada mano con los diminutos puñitos.

Los dejo hacer durante un par de minutos. El corrillo se disuelve un poco, pero todavía hay mirones. Quizá también quieren aprender a pegar. O a defenderse. A veces, para ellos, es lo mismo.

—Bueno —digo cuando veo lágrimas en los ojos del primer niño—. Ahora ya estamos más tranquilos, ¿verdad?

Los dos se miran con desconfianza, pero ya sin furia ciega, sin ganas de pelear. Se han cansado, y a mí me duelen las manos.

—¿Queréis hablar de lo que ha pasado? —les pregunto, mirándolos alternativamente.

Al principio no hay respuesta. Luego, el primero también da el primer paso.

—Me llamó hijo de puta —se queja, y el otro se cruza de brazos.

—Tú dijiste que mi padre era un borracho —replica con gesto hosco.

—Vale —interrumpo antes de que haya otra batalla campal por ver quién la dice más gorda—. Vayamos por partes. Venid, sentaos aquí conmigo.

Soy el primero en sentarme en el suelo, tranquilamente, y ellos al final también lo hacen, uno a cada lado. Se miran, pero al menos no se quieren pelear. Es una mejora.

—A ver. —Miro al segundo niño, que tiene el pelo castaño y es más bajito, más delgado—. ¿Tú crees que es bonito llamar a alguien «hijo de puta»?

—¡Pero él dijo...!

—Ah-ah. No. No es eso lo que te he preguntado. ¿Está bien insultar a otra persona?

—No.

—Muy bien. ¿Crees que era lo que tenías que hacer?

—Pero...

—Ah-ah. ¿No hubiera sido mejor preguntar por qué dijo eso tan feo sobre tu padre?

Un momento de silencio.

—Sí —admite al final, y parece avergonzado.

—Bien, creo que todavía estás a tiempo de preguntarlo.

Ambos miramos al otro niño, que tiene el pelo negro y los ojos grises, y parece un poco incómodo. Va a hablar, pero le hago un gesto. No, todavía no. Tiene que esperar a que le pregunten.

—¿Por qué dijiste que mi padre es un borracho? —Por fin, el crío de pelo castaño da el paso.

—Lo vi salir del bar —explica el otro—, y mi madre dijo que lo era.

—¿Y tú qué piensas? —le pregunto con voz casual.

—¿Qué?

—¿Crees que todas las personas que van a un bar son borrachas? Mira, allí hay uno. —Señalo una esquina—. Y hace nada he visto entrar a una mujer muy guapa. ¿Crees que es borracha? Quizá solo quiere un refresco. No solo hay alcohol en los bares, ¿sabes?

Parece aturdido. Mira hacia el lugar que he señalado. Justo entonces sale una mujer. Me he inventado que viera entrar a nadie, pero me queda que ni pintado, porque es guapa, y se la ve serena, sobria y seria, la clase de mujer que entra para tomar un agua mineral o un café mientras hace tiempo para entrar al trabajo.

—Ya... —dice el niño, avergonzado.

—Así que igual ha sido un malentendido —comento con ligereza—. ¡Hay que ver los problemas que da no entenderse bien!

Como lo digo en tono bromista ellos sonrían, y el castaño hasta se ríe. Se miran, y es como si todos los problemas se hubieran olvidado.

Ya no quieren pelear. Cuando nos levantamos del suelo incluso se piden perdón, y

yo me siento como un rey por haberlo conseguido. Se marchan despidiéndose adecuadamente, y el corrillo se dispersa por completo.

—Felicidades, chaval.

Me giro bruscamente. La mujer. Está a mi lado, y me mira con una media sonrisa.

==== Capítulo X ====

El Umbral no parece gran cosa cuando vas a entrar, y sigue sin parecer gran cosa cuando estás dentro. Es un espacio amplio, cuadrado, sin ventanas aunque con abundante luz artificial, y hay sacos de boxeo, espejos en la pared del fondo, y un pasillo que lleva a unos vestuarios que dejan bastante que desear.

Pero me gusta.

Mirando los seis niños de distintas edades y diferentes niveles de adustez en su rostro, decido que me gusta mucho.

Esto no es una escuela ni un gimnasio, aunque puede que sirva para las dos cosas y algunas más.

Es un refugio. Un lugar donde estos críos se sienten seguros.

Marine me ha contado que creció en un barrio muy malo, no muy lejos de aquí. Bandas, drogas, peleas callejeras... un caos. En lugar de hundirse en todo eso, compró un viejo garaje y lo remodeló hasta construir un lugar donde enseñar a los críos a defenderse de esa clase de vida.

Pero no solo aprenden a cerrar los puños y golpear correctamente. Aquí aprenden a evitar las disputas, a usar la violencia en última instancia para defenderse o defender a otros, y ante todo, a dialogar antes de usar las manos.

Ella vive aquí, con lo que El Umbral está siempre abierto. Tiene camas extras, por si algún crío necesita un lugar donde dormir si sus padres no están... disponibles.

Marine me ha contado que muchos padres son borrachos —de los de verdad—, pegan a sus hijos y a sus parejas, y nadie hace nada porque, en fin, es un mal barrio. Aquí, al menos, procura mantener a los niños seguros.

Me parece muy loable. Me lo ha parecido cuando me lo ha contado, sentado con ella tomando un café —bueno, yo opté por el refresco de lima—, y me lo sigue pareciendo aquí, donde algunos chiquillos están aprendiendo a defenderse de la agresión

de alguien mucho más grande y fuerte.

—Tengo cuatro voluntarios —me explica la mujer mientras observa conmigo los avances de los niños—. Así que somos cinco para turnarnos, pero a veces hay más críos de los que podemos controlar. Y además hay que trabajar para ganarse la vida, porque yo no puedo pagar.

—Claro.

Lo que todavía no sé es por qué me ha acabado trayendo aquí, a su pequeño santuario particular.

De acuerdo, no soy idiota. Me vio con los niños en la parada del autobús y creyó que podría encajar aquí, pero...

No sé. No he sufrido ni sufro abusos de ningún tipo. Me llevo bien con mis compañeros, adoro a mis padres y jamás me pondrían una mano encima, ni siquiera mereciéndolo. Claro, intenté parar a esos niños, pero es que... fue solo porque no me parecía bien que se pelearan.

Pelear nunca ha estado bien.

Pienso en Lucas, tan arrogante, tan elitista. Tal vez fue él quien me enseñó a no pelearme. ¿Para qué? Se puede hacer el mismo daño usando unas palabras bien dichas... o levantando un dedo.

Pero ni siquiera con Lucas me llevé mal. De hecho me llamó la semana pasada. Recordarlo me hace sonreír; él y los demás han estado llamando periódicamente, aunque cada vez pasa más tiempo entre un contacto y el siguiente.

Dios, ¿cuánto hace desde la última vez que los vi? Un año, sí. Algo más.

Un año sin ver a Hamlet.

Noto el pinchazo en el estómago, la tensión del recuerdo. No puedo pensar en él, ahora no. Lucas me dijo que tenía el deber de hacer una visita, una cuestión de cortesía y buenas maneras. No le he dicho que no puedo volver a la ciudad.

No puedo regresar.

—¿Te encuentras bien, Worren?

Doy un respingo y miro a Marine con una sonrisa inmediata.

—Lo siento, estaba distraído —indico.

—¿En qué pensabas? —pregunta, apoyada en la pared igual que yo, con los brazos cruzados, las piernas rectas, el pelo corto y rubio envolviéndole la cabeza como un fino halo de luz.

—Bueno... —En cosas de las que no quiero hablar—. ¿Por qué me has traído?

—Ah, ¿no es lo bastante obvio?

—Supongo que sí, pero no entiendo por qué yo. Hay muchas personas que quieren luchar contra la violencia en las calles.

—Eso es verdad. No obstante, creo que necesitas esto tanto como los niños te necesitarán a ti.

—Pero yo no tengo problemas en casa, en el barrio ni en el colegio.

—Y aun así, hay algo.

—¿Algo?

Ella me mira con serenidad. Supongo que eso es la que la convierte en tan buena maestra de autodefensa; es serena, calmada, no se exalta ni grita. Se endereza y me toma la mano. La dejo hacer, alzando las cejas, y permito que me haga extender los dedos y me acaricie la cicatriz de la palma. Cruza desde el índice hasta la muñeca, en diagonal, como no podía ser de otra manera.

—Un accidente culinario —digo con una sonrisa, sin darle importancia.

—¿Sí? —Marise levanta su propia mano, y me fijo en que tiene varias cicatrices pequeñas que la envolvía desde los nudillos—. Yo dije que había metido la mano en un zarzal para coger a un pajarito que se había caído del nido. Los dos sabemos que ambas historias son mentira.

Titubeo. ¿Qué intenta decirme?

—Pero es verdad —aseguro—. Estaba cortando el pan y...

—... y hundiste el cuchillo hasta el fondo para luego rajar. Worren, llevo en esto mucho tiempo. Lo sé cuando un chaval se autolesiona como castigo.

Niego con la cabeza. Yo no me... castigo. Me controlo. No es como si cogiera un cinturón y me flagelara, dios.

Pero mientras lo pienso jugueteo con el imperdible. Llevo las herramientas para hacerlo en cualquier momento. Para pincharme, cortarme, herirme; sí, lesionarme. Lo he

llegado a aceptar; me autolesiono, y es verdad... es un castigo. Por lo que le hice a Hamlet; porque una parte de mí desea volver con él, tomarlo de la mano, besarlo otra vez. Porque si lo tuviera delante caería en la misma trampa, le haría las mismas cosas, y lo volvería a dejar en una cama de hospital.

—No voy a preguntarte los detalles —me dice de pronto, y me sorprende—. Pero creo que aquí puedes encontrar un poco de paz; la suficiente para dejar de torturarte. ¿Quieres probar?

Miro los niños, que están buscando una mano amiga, alguien que los ayude. Si los ayudo, ¿dejaré de pensar en Hamlet? ¿Dejaré de necesitar el castigo, la corrección, el dolor?

—¿Qué tengo que hacer? —pregunto.

—Hoy te tocará ser el villano. ¡A por ellos, tigre!

Sonrío ante su sereno entusiasmo mientras Marise se endereza y va hacia los niños, explicándoles que una persona nueva va a ayudarles con los ejercicios. Noto sus miradas de recelo, y siento que no solo puede que necesite ayudar; quiero hacerlo.

}·{

Estoy muerto.

Tal cual, muerto.

Pero muerto con una sonrisa en la boca, eso sí.

—¿Quieres cenar? —me pregunta mi madre con dulzura.

—No puedo masticar —aseguro con voz pastosa y los ojos cerrados.

—¿Otra vez? En ese sitio terminas agotado, Worren, no sé si...

—Tranquila... mañana. Desayunaré mañana. Mucho. Buenas noches.

Se ríe y se acerca para besarme en la cabeza. Estoy tan cansado que sigo vestido, tirado boca abajo en mi cama.

Sí, en El Umbral uno termina molido. Esos niños son incansables, y a mí me gusta llevarlos al límite casi tanto como les gusta a ellos. Suspiro y me acomodo, apenas un poco. Casi no puedo moverme.

~ 52 ~

Llevo solo una semana. Tardaré un poco en adaptarme a este ritmo. Yo también voy al límite, y lo empujo más lejos. Y me encanta.

Meto las manos bajo su ropa. Es pálido y suave y está caliente. Sonríe, acaricio su delgado pecho, recorro el vientre, el estómago y los pectorales. Rozo los pequeños pezones.

Él aprieta los labios con fuerza, frunciendo el ceño. Parece... tan adorable. ¡Tan precioso! Se aferra a mi cuerpo con sus bracitos, poniendo esa expresión peleona.

—¿Qué tienes con mi pectoral, grandullón? —pregunta en tono guasón, retador, y yo me relamo como un gatito frente al cuenco de la leche.

—Es precioso —le susurro, sintiendo mi propia voz densa en la lengua mientras recorro su torso con premura, anhelando cada centímetro de su piel.

Él gime. Mi Hamlet. Mi amor. Cierra un ojo, gozando de mis caricias.

—No tanto como tú, ¿sabes? —dice; yo sonrío un poco más.

—Eso es discutible, pero ahora no quiero discutir contigo.

Me inclino. Necesito besarlo, lamerlo. Dejo caer mis labios en su garganta, los deslizo por su cuello. Noto su pulso. Se estremece y jadea; le gusta, y a mí también.

—Vale, brujo, vale, sube —suplica mi precioso Hamlet—. Ven a mi boca.

—¿Eso quieres? —pregunto, guasón, y me enderezo para volver a acariciarlo, para mirar su rostro mientras lo hago.

—Eso quiero —repite, mirándome con una ceja alzada—. ¿No vas a dármelo?

—No lo sé...

Pero me inclino y me lanzo sobre su boca, esa preciosa boca que tanto deseo, que tanto amo. Él sonrío, me abraza, me corresponde.

—Te amo, Hamlet... —susurro sobre sus labios.

Mi Hamlet suspira y me mira.

—Yo también te amo, Worren —dice—, con toda mi alma.

Vuelvo a besar su boca. Lo acaricio. Recorro con mis dedos sus costados, los pectorales. Encuentro de nuevo los pezones para jugar con ellos.

Y entonces el pequeñín me echa las manos al culo. Jadeo de pura sorpresa, de

puro gozo.

—¡Alguien tiene prisa! —exclamo, guasón.

—La que me haces tener con tu pasión desbordada —se burla él.

Burlas a mí, ¿eh? Muy bien.

Le muerdo el labio inferior, tironeando, jugueteando. Lo suelto, lo lamo. Lo vuelvo a morder. Deslizo una mano por su pecho, hacia abajo... abajo...

Se queda sin aliento. Mi dulce, dulce Hamlet... gime por mí, para mí.

—J-joder... —masculla, y yo sonrío.

—Pues acabamos de empezar —auguro con un susurro ronco, y entonces atrapo su sexo entre mis dedos.

Noto como inspira con fuerza, pero, oh, es Hamlet. Tiene que vengarse. Aprieta los dedos en mi trasero, atrayéndome más fuerte. Yo estrecho su miembro entre los míos. Me relamo los labios, lamo los suyos.

—Te quiero —susurro—. Ahora.

Él me sonrío.

—Ahora y siempre, pero... te dejo que hagas lo que quieras ahora.

Sonrío, le muerdo los labios, se los beso, y comienzo a acariciar su...

Mi gemido es quebrado, anhelante. Hamlet... Mi Hamlet... No, no es a él a quien toco. Es a mí. Mis dedos aferran mi pene. Lo sacudo con vehemencia. Mi Hamlet... Todavía lo siento bajo mis manos, bajo mis dedos y mis labios, todavía lo siento conmigo.

—Yo también te amo, Worren, con toda mi alma.

—Hamleeeeet...

Muerdo la almohada cuando siento que llego al final. Pierdo el aliento y las fuerzas, y, atónito, me miro la mano manchada de escupitajos blancos.

Dios. Me acabo de masturbar soñando con Hamlet. Hamlet está en coma. ¿Cómo he podido hacer esto? ¿Cómo he podido...?

...

No me estoy lesionando. No siento el impulso de lesionarme. Me miro los dedos manchados, sin comprender. ¿Por qué? Nunca había hecho algo tan ruin, tan sucio. Me había masturbado, claro, ¡tengo quince años! Pero esto... soñar con Hamlet... pensar en él... Dios mío, nunca. Es una asquerosidad. Está en coma por mi culpa.

¿Por qué no debería castigarme por eso?

Miro hacia la mesita de noche, donde tengo un cenicero lleno de imperdibles. Debería coger uno. Debería clavármelo bien hondo.

Pero no lo voy a hacer. Oh, dios. El dolor sería demasiado liberador para esta clase de miseria.

==== Capítulo XI ====

** Dos Años Después **

—¡Acuérdate de que el partido es el sábado a las diez!

—¡Sí, capitán!

No me detengo mientras respondo, solo giro, saludo con la mano y con una sonrisa y sigo corriendo por el pasillo que lleva al gimnasio, y de allí al patio. Esquivo discretamente el club de atletismo, porque me recordarán que mañana por la tarde hay una carrera de relevos. Voy hacia la recepción del instituto sin aminorar el paso.

Voy tarde, como siempre, pero yo sé por qué. Hago demasiadas cosas. Cosas que me agotan. Cosas que me impiden pensar. Cosas que me impiden recordar.

Con el tiempo es así como he aprendido a defenderme del pasado.

Ocupo todo mi día, sin parar a pensar. Solo algunas noches sueño, y esos sueños ya no son tan perturbadores. Siguen siendo recuerdos, pesadillas. O esa clase de sueños húmedos en los que me despierto sin aliento, dolorido por el deseo.

No me he vuelto a masturbar pensando en Hamlet. Ese es un buen castigo por mi libido, ¿eh? Y así, con este tormento, con este deseo insatisfecho, no tengo que autolesionarme.

Ahora ya no me hago daño tan a menudo. Un pinchazo a veces, cuando los recuerdos, los deseos me sorprenden con la guardia baja. Todavía sucede. No consigo que mi cabeza deje de evocar a Hamlet cuando tengo fuerzas suficientes para pensar con claridad.

Por eso me mantengo ocupado hasta la extenuación.

—¡Hasta mañana, Roger! —saludo al conserje, que me responde con su típico gruñido hosco; yo río y salgo del edificio.

Y allí está él. Mi compañero de pupitre desde hace ya dos años. Distraído, todavía distante con casi todo el mundo, pero no conmigo. Lander. Me está esperando, como

todos los días. Aguarda por mí, aunque tarde horas en salir. Su compañía me hace sonreír.

A veces me recuerda a un cachorrito, uno al que han apaleado, pero que ha encontrado un dueño nuevo que lo trata bien.

Lander vive solo y no tiene responsabilidades más allá del instituto. Por eso está aquí. Por eso no me importa: porque necesita que alguien lo quiera.

Y sí, por eso me abalanzo sobre él, riendo, y lo abrazo igual que a un perrito, un peluche, un amigo muy querido.

—¡Hola, guapetón! —saludo.

Ríe por lo bajo, de forma apenas audible, y me da una palmadita en la espalda. Cuando me separo está sonriendo. Bien. Me gusta que sonría. Recuerdo cuando no podía hacerlo, como si no supiera.

—Gracias por esperarme —le digo, y noto que esa sonrisa se hace más amplia, y también más sorprendida.

Comenzamos a andar, deprisa, con paso enérgico.

Lander me acompañará a la residencia de ancianos donde voy de voluntario tres veces por semana. Estará allí cuando salga. Iremos a casa, porque estaremos solos, y veremos una película. El plan completo para terminar este jueves.

No hay espacio para recordar, para pensar, para anhelar. Ni un minuto para esas tonterías. Ni un minuto para desear estar con Hamlet y...

Noto el pinchazo en el dedo. Miro a Lander, que no se ha dado cuenta. Mejor. Vuelvo a dejar el imperdible en su sitio y me froto la mano contra los pantalones, esperando que la sangre no se note.

—Worren, te has quedado roque.

—Mmmmm...

Oigo la voz en la lejanía. Una mano me coge del hombro y me sacude con suavidad. Es amable y gentil.

—La película se ha acabado, Worren. Te llevaré a la cama.

Alguien me rodea la cintura. Yo rodeo sus hombros. Son estrechos, pequeños.

Sonríe. Oh, Hamlet, ¿vas a poder conmigo? Pero si eres tan poquita cosa... Ah, vaya, eres más fuerte de lo que pensaba. Casi me levantas. Pongo todo el esfuerzo en mantenerme de pie; no quiero aplastarte.

—Venga, tío.

Te estás riendo de mí. Qué capullo eres, y cuánto te quiero. Tengo un brazo sobre tus hombros, y mis labios tocan tu oreja. Te estremeces. Me gusta que te estremezcas.

Au. Ah, esta es mi cama. Sí, ya recuerdo. La cama. La película se ha acabado. Ni siquiera recuerdo cuál es.

—Bueno, será mejor que me...

Calla, pesado. Te cojo de los brazos, te atraigo.

—Ven aquí... —murmuro con voz pastosa, y te hago caer sobre mi pecho, sobre mi boca.

Sí, te beso. Qué labios tan suaves, tan calientes. Tan tímido... tan precioso. Mi Hamlet. Mi amor.

—Ven aquí —repito en un suspiro, abrazándote.

Tiemblas, pero te apoyas en mí. Tu boca busca la mía. Eso es. Estoy aquí. Estoy aquí, mi amor, y no me voy a ir.

—Quédate conmigo... —susurro.

Por una vez, dios, quédate hasta el final.

Mmm...

Mmmmmmmmm.

Vaya, no recuerdo una mañana tan plácida como esta. Qué bien he dormido. Y qué bien me encuentro. Y qué calentito está Hamlet.

¿Hamlet?

¡Una mierda!

Abro los ojos, espantado. No, no, no. No es Hamlet. Hamlet no está durmiendo conmigo.

No. No lo es. Es otra persona. Es Lander. Desnudo. En mi cama.

Lander... en mi...

Oh. Oh, dios. Dios. ¡Dios!

Me siento bruscamente y él masculla algo, se mueve, pero no, no se despierta. Sigue ahí, dormido boca abajo, con la cara hundida en mi almohada.

Dios mío. Me he tirado a Lander. ¡Me he tirado a Lander! Y yo estaba... Yo estaba... Hamlet. Pensaba que era Hamlet. Estaba dormido.

Dios mío. Qué he hecho. Qué es lo que...

—¿Worren...?

Se ha despertado. Lander me mira con ojos soñolientos. Me mira y... y... sonrío.

Sonríe.

No sabía que eras tú. Pensaba que estaba con otra persona. Soñaba con otra persona. Oh, lo siento, lo siento...

Estoy a punto de decirlo, pero... pero me coge la mano y me la besa. Oh, dios.

Esto está bien para él. Está bien que hayamos... hecho esto. Lo siento tanto, Lander... Me inclino, lo beso en la sien. Me sonrío un poco más. Me gusta cuando sonrío, porque no parece tan distante, tan triste como antes.

Sonríe porque está satisfecho. Porque yo lo he dejado satisfecho. Eso es... perturbador. Muy perturbador. Nunca me había acostado con nadie. No me quería acostar contigo, joder. Me estaba acostando con Hamlet.

Se me revuelve el estómago. Me doblo por el dolor. Me he acostado con Lander soñando con Hamlet. Hamlet, que lleva cuatro años en coma por mi culpa.

Mis labios han caído sobre su espalda, y él suspira. Mi mejor amigo, que ahora yace boca abajo en mi cama, desnudo, suspira de ese modo trémulo. Se tensa. Lo tengo casi debajo.

Lo he tenido debajo.

El retortijón es más fuerte.

¿Por qué lo estoy besando en la nuca? ¿Por qué lo acaricio? Esto no está bien. No, por favor, ¿por qué me pongo a su espalda? Su respiración es pesada. Me mira por encima del hombro, pero no quiero que me mire. Le levanto las caderas. Recuerdo sus caderas en mis manos.

Recuerdo su cuerpo abrazando el mío.

Y lo voy a repetir.

Estoy llevando la autolesión al siguiente nivel.

Dios, sí. Quiero que te guste. Quiero que lo pases bien. Yo no. Dios mío, no. Cuando te toco, cuando te beso, cuando te follo, solo lo hago para hacerme daño a mí.

Mierda, ¿en qué clase de monstruo me he convertido?

===== Epílogo =====

** Dos Años Más Tarde **

El mundo da muchas vueltas, ¿no?

Hace un par de años comencé una relación autodestructiva con mi mejor amigo. Comenzamos a follar como conejos. En cualquier situación está bien. Cualquier sitio y cualquier momento es bueno para esto, ¿no? Lo era para él, o eso pensaba yo, y desde luego lo era para mí.

Pero yo no me acostaba con Lander porque me gustara. Oh, no. Lo hacía por el dolor que me laceraba las entrañas cada vez que se la metía. Cada vez que follábamos —porque, coño, a esto no se le puede llamar «hacer el amor»—, me hacía daño. No daño físico; la verdad es que físicamente estaba bien, y eso lo volvía peor.

Me hacía daño en el corazón. En las entrañas. Diría «en el alma», pero, en fin, eso es muy ñoño para mí. La cuestión es que dolía. Dolía por lo que significaba, no por lo que hacía.

Significaba que me estaba traicionando a mí mismo. Traicionaba a Lander, mi mejor amigo. Y, dios, traicionaba a Hamlet.

Todavía lo traiciono cada vez que respiro.

Ahora se ha acabado. Lander quería algo más, yo no. Lander se enamoró de alguien que podía dárselo, y yo me he quedado completamente solo.

Ahora ya no me basta con pincharme con un imperdible.

Las pesadillas han vuelto. Oh, dios, han vuelto con todas sus fuerzas. Sueño con él cada noche. Pienso en él cada día. Está en mi cabeza. Está en mi corazón. Y ya no tengo fuerzas para seguir manteniéndolo lejos. Ya no.

No puedo.

Así que vuelvo a coger la navaja. La miro con indiferencia. Ya sé lo que hace. Sé lo que duele.

~ 61 ~

Y no me importa.

Me la clavo en el muslo. Noto el pinchazo, el dolor lacerante, pero no significa nada. Dios, casi no siento nada. No puedo ahogar mis pensamientos, mis sentimientos, mis deseos.

Saco la navaja, vuelvo a clavarla en mi carne. Siseo. Sí, duele. Duele, joder. Pero no lo suficiente.

¿Cuándo será suficiente?

¿Cuándo podré dejar de hacerme daño así?

Qué estúpido he sido. Qué estúpido al pensar que torturarme con Lander me haría algún bien. Solo sirvió para echar más mierda. Más y más y más.

Y ahora solo queda la sangre y el dolor.

Levanto la navaja de nuevo y...

El teléfono. Están llamando al teléfono. Lo dejaré sonar. Me da igual. Que suene. Saltará el contestador. Que dejen le mensaje. No quiero responder.

Oh, no. No puedo entrar en esta espiral de apatía. Podrían ser mamá o papá. Están fuera por sus trabajos. Podrían querer saber cómo estoy.

Suelto una carcajada amarga. Ellos no saben cómo estoy, y si lo supieran me encerrarían en un psiquiátrico. No saben lo de las lesiones, los pinchazos, y ahora... ahora la navaja. No saben nada de todo esto.

Y, por dios, que no lo sepan nunca.

—¡Ya voy, hostia!

Me levanto de un salto. ¡Oh, mierda! Cómo duele la pierna... Pero, claro, me he apuñalado cinco veces. Me he asegurado de no dar en ninguna parte vital, creo. Solo sangrará un poco y dolerá mucho.

Es ridículo. He estudiado para saber cómo hacerme daño sin matarme.

Me he vuelto completamente loco.

Y la verdad es que me da igual.

Cojo el maldito teléfono y me lo llevo al oído.

—¿Qué? —ladro sin muchos miramientos.

—¿Worren?

Dios. ¿Cuánto hace que no oía esta voz? Tan llena de lágrimas, tan destrozada.

—Ophelia —musito.

—Oh, Worren. —Está llorando; la conozco y sé que está llorando—. Worren,
yo...

—¿Qué pasa?

Oh, no. No. Si está llamando... Si ella...

—¿Hamlet? —musito, aterrado.

No es posible. No, por favor, no, no...

—Él... —dice su madre con la voz rota—. Oh, dios. Ha despertado.

¿Qué?

Su sollozo se convierte en una risa húmeda. Se está riendo y llora al mismo
tiempo.

—¡Está vivo! —exclama.

Hamlet. Hamlet vive.

Mi Hamlet... ha... despertado.

Irónicamente, esta parte de la saga se escribió *después* de Lander y Alberich. Worren, que en esas dos novelas aparecía como un personaje extraño que no pensaba las cosas, necesitaba dejar clara su postura.

Realmente no fue hasta empezar a escribir su novela que nos dimos cuenta que no solo tenía ciertas cosas por contar, sino que además tenía una gran profundidad. No, realmente sus elecciones personales no son acertadas, pero en su situación, ¿se le puede reprochar?

Desde aquí queremos advertir que el asunto de la autolesión no es un juego ni debe tomarse a broma. Es un problema real para muchísimas personas, y esas personas suelen avergonzarse de ello. Si tú, que nos lees, conoces a alguien que se haga daño, hazle saber que no debe sentir vergüenza, y que estás ahí para ayudarle.

Si por el contrario eres tú quien necesita lesionarse, recuerda que si quieres, lo puedes parar. Puedes buscar el apoyo en tus seres queridos, pero si no sabes a quién recurrir, te recomendamos que visites algunos sitios web, como www.autolesion.com, de donde nosotras aprendimos todo lo que pudimos para comprender un poco mejor a nuestro Worren.

Gracias por tu lectura,

Athalia's

<http://athalias.es>

Saga

Sombras Grises

- 1. Worren**
2. Lander y Alberich
3. Hamlet

~ 64 ~